Bro 808/20

LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL

Horas de Revolución

Publicaciones Mujeres Libres

I.I.S.G.
COLLECTIE
J. LOUZAR

Horas de Revolución

50

Tydens Sp. 60. 87 of 88

Bro Sp 200

Bro Sp 672

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

C. O. «Avant»
Cortes Catalanas, 719 - Barcelona

Pluma segura, dicen de Lucía Sánchez Saornil. Y así es, aunque esta definición no alcance íntegramente su valor de escritora. En Lucía, además de una inteligente espontaneidad, hay una fibra temperamental única.

HORAS DE REVOLUCIÓN *no aúna los consabidos tópicos femeninos de siempre; crea un tipo de folleto que ha de interesar a las mujeres, aun a las más alejadas, en nuestras luchas actuales.*

Sin alarde literario, con un hondo espíritu revolucionario, Lucía Sánchez Saornil nos da los diversos sentimientos y la enorme emoción por los que han pasado un pueblo heroico y ella.

HORAS DE REVOLUCIÓN *es la expresión viva de los primeros meses de nuestra LUCHA.*

LA HORA SUPREMA

¡EN PIE, MADRID!

Hemos venido hablando, hace dos meses, de la defensa de Madrid; un día y otro hemos dicho cuál era la táctica que considerábamos más eficiente para esta defensa: el ataque. No se quiso, no pudo hacérsenos caso, y el fascismo hace dos días que está a nuestras puertas. El empuje es violentísimo, la vista misma de Madrid sirve de estímulo a los sitiadores, dos meses anhelando este momento, dos meses de combates durísimos venciendo resistencias vigorosas, deben haber acumulado en el enemigo una ansiedad exasperada por pisar el satinado asfalto de nuestras calles. Toda su ferocidad morbosa, excitada hasta lo inimaginable se dispone a caer sobre nosotros, a pulverizarnos, a gozarse y regodearse groseramente, soezmente, como ellos sólo pueden hacerlo, en nuestra derrota.

Pero, de pronto, toda la frivolidad de Madrid, aquella frivolidad tan publicada y tan censurada, que acaso no fué más que serenidad y estoicismo, ha caído como una máscara y ha dejado ver el verdadero rostro de nuestra capital; su rostro grave y su gesto acometedor. Toda su historia, todas sus fechas gloriosas, los nombres de sus héroes se han desplegado sobre las multitudes y frente a un estímulo ha surgido otro mayor. Frente al estímulo animal de los asaltantes, se levanta irresistible y poderoso, más arrollador que aquél, más violento, el estímulo moral de nuestro pueblo. Es su historia, su per-

sonalidad, su prestigio lo que le sirve de acicate, hay algo más que defender que la propia vida, los madrileños lo saben y la conciencia de esto duplica, multiplica la potencia de sus fusiles.

Vamos presenciando dos días de lucha inenarrable, un palmo de tierra se pierde y se reconquista y vuelve a perderse y a reconquistarse entre ríos de sangre generosa. Cada uno de nuestros hombres se ha olvidado de sí; lo que hace tiempo veníamos pidiéndoles es una realidad. Clavados en tierra, sólo la metralla, acabando con sus vidas, puede arrastrarlos al suelo que pisan, cuando no enterrarlos allí mismo.

Es ahora, cuando el grito de «no pasarán», que había adquirido a fuerza de repetirse la frialdad de un tópico, se hace plena realidad, una realidad caliente de sangre y de fuego, una realidad grave para nuestros enemigos.

Madrid resiste, resiste con todo el heroísmo que le hicieron inmortal en la Historia; resiste y resistirá.

MUTILADAS DE GUERRA

Detrás de cada guerra quedó siempre, como la acusación más veraz de su barbarie, esa estela de dolor perenne que son los mutilados. ¡Miembros vivos arrancados brutalmente o aserrados por dura necesidad; miembros perdidos en los campos de batalla o en los fríos rincones de los quirófanos, rotas cañerías de sangre por donde se va, no sólo la vida, sino el espíritu del individuo!

Porque multitud de veces la mutilación va más allá del brazo o de la pierna cortados; hay zonas espirituales a que alcanzan también la metralla o el serrucho del cirujano, dejando al hombre incompleto ante sí mismo, deshecho y desorientado, incapaz ya de reaccionar por toda una vida.

Antes, esta terrible consecuencia sólo alcanzaba a los hombres, y,

de éstos, de una manera determinada, a los combatientes. Antes, la barbarie seleccionaba sus víctimas; quería individuos de temple, encarados con ella, hércules a quienes abatir. Hoy, hasta la barbarie degenera. Busca las tiernas carnes infantiles y la piel satinada de las mujeres. Hoy nos ha estremecido esta noticia como si el mismo acero hubiera penetrado en nuestras carnes: «El Sindicato Unico de Guadalajara ha abierto una subscripción para regalar una pierna artificial a Cecilia Graupetir, muchacha de dieciocho años, que perdió la pierna izquierda en el bombardeo de aquella ciudad el 6 de diciembre.»

Hemos visto, de pronto, que nuestra guerra civil también aportará este nuevo aspecto a la barbarie bélica: las mutiladas. Y no habrán precisado salir al campo, ni asomarse al parapeto, ni siquiera tener el ánimo templado: la barbarie puede sorprenderlas en estas tardes de primavera, luminosas, a cuestas sus dieciocho años, soñando apaciblemente mientras revientan las yemas de las acacias urbanas.

La comparación de este hecho nos ha llenado de horror. ¡Una mujer mutilada! ¡Una generación de mujeres mutiladas! La —hasta hoy— pobre vida femenina, ¿qué alturas puede intentar cuando arrastre esa espantosa pierna artificial? Sin sangre y sin nervios, ese brazo de caucho, torpe e inexpresivo, ese dolor infinito de sí misma, que le recortarán la gracia y la ligereza, dejándola inútil para los demás, que es como arrancarla su virtud y su razón de ser cuando aún no había acabado de descubrirse para sí?

¡Mutiladas de guerra! Testimonio negro del más negro pecado de los hombres: el fratricidio.

Pensamos con un poco de pena en el mañana, en ese mañana próximo cuya edificación requiere hombres y mujeres fuertes y ágiles, completos de cuerpo y de espíritu; pero, al mismo tiempo, esos muñones sangrantes han de empujarnos a odiar con más tesón, con más hondo rencor a una sociedad capaz de tales monstruosidades y a luchar sólo por una forma de vida nueva que estreche los lazos de fraternidad entre los hombres.

Sólo la Revolución social, redentora, puede compensarnos de tan terrible dolor; sólo a ella podemos ofrendar tal sacrificio.

¡TRABAJADORES DE TODOS LOS PAÍSES, SOLIDARIDAD!

¡Armas, armas!, ¡solidaridad!, gritamos a nuestros camaradas los trabajadores de los demás países. ¡Armas!, se grita en todos los idiomas, y en actitudes decididas, mítines, manifestaciones, pretenden presionar a sus Gobiernos los trabajadores internacionales.

Dos aspectos tiene la solidaridad para nosotros: uno, difícil y lento, el de conseguir que los Gobiernos nos procuren o no nos impidan procurarnos armamento. Este aspecto requiere un derroche de energías grande para conseguir escasos frutos, ya que los gobernantes de los demás países, de contextura típicamente burguesa, aunque se llamen democráticos, atienden por principio a los intereses políticos creados antes que a la agitación de las masas obreras, sobre las que no hallan inconveniente en lanzar la fuerza armada, para acallar y dominar cualquier actitud protestataria. Así, este aspecto de la solidaridad obrera internacional puede ser neutralizado por la acción de los Gobiernos interesados en boicotear el movimiento revolucionario español.

Hay, en cambio, hemos dicho, un segundo aspecto de la solidaridad internacional de sentido clásicamente proletario: la acción directa. Acción directa en las fábricas de armas; acción directa en el embalaje, en la preparación de las expediciones; acción directa en los puertos y en los muelles de embarque; acción directa, sabotaje, contra las partidas de armamento dirigidas a los fascistas. ¡Sabotaje, destrucción!

Basta de gritos y de manifestaciones que caen en el más desolador de los vacíos y que los gobernantes burgueses o seudoproletarios —¿verdad, León Blum?— escuchan con sonrisa irónica mientras desean secretamente el triunfo de la reacción española.

Camaradas, trabajadores de todos los países, basta de gestos espectaculares; acción, acción y acción, acción directa, clásicamente proletaria.

Estableced brigadas, redes extensas de vigilancia que conozcan al detalle los tratos de nuestros enemigos con las casas armamentistas, con los Gobiernos de vuestros países; observad, acechad y destruíd. Esta es la solidaridad que os pedimos; esta es la solidaridad que necesitamos.

Claro es que para ello es necesario que, como nosotros, sintáis que el proletariado español es la fuerza de choque del proletariado universal; que con el nuestro os jugáis vuestro destino y que nuestro sacrificio bien vale la pena del vuestro. Grabad bien en vuestro cerebro que luchamos todos por una causa común.

SE CUMPLE LA CONSIGNA

MADRID HA COMENZADO A SER LA TUMBA DEL FASCISMO

Por sistema hemos adoptado desde el principio de la guerra un tono ponderado. Jamás nos hemos dejado llevar del pesimismo; pero tampoco nos hemos exaltado con optimismos que sobrepasaran las posibilidades de nuestros medios de defensa o ataque en cada momento.

Mil veces hemos señalado la influencia perniciosa que los dos extremos pudieran ejercer en la moral de nuestros combatientes como en la de nuestras retaguardias, ya que las bruscas fluctuaciones de la guerra podrían chocar en cualquier momento con un estado psicológico contrario determinando insospechados giros en los acontecimientos.

No queremos abandonar hoy nuestro tono acostumbrado, esto es, ajustado a la realidad, y si nuestros lectores hallaren que éste se había elevado unas notas, quiere decir que tenemos razones poderosas para ello.

Tres días angustiosos ha atravesado Madrid, tres días que parecieron interminables y en los cuales sólo la seguridad de que la muerte estaba detrás como delante de nosotros podía retenernos inmóviles en nuestros puestos de combate; tres días al final de los cuales hemos visto derrumbarse la pesadilla y ha comenzado a ser realidad una de nuestras consignas: Madrid será la tumba del fascismo. Madrid, en efecto, ha comenzado ya a abrir esta fosa terrible, donde se enterrará no sólo el fascismo español, sino el fascismo internacional; donde quedará aniquilada toda posibilidad de tiranía futura.

Una operación afortunada realizada en el día de ayer cortó de raíz el avance que los fascistas habían iniciado al sur de Madrid, por la carretera de Extremadura; no es seguro si para buscar otro punto vulnerable a nuestra ciudad o para escapar ellos a un aplastamiento irremediable, los elementos fascistas, o mejor los mercenarios del fascio, intentaron correrse por su flanco izquierdo; pero este movimiento previsto ya por nuestros mandos dió a nuestras fuerzas la posibilidad de realizar una maniobra envolvente en la que toda una columna facciosa fué cogida como en un cepo.

El combate mantenido cuerpo a cuerpo supera a todo lo imaginable; hora por hora el dia fué consumiéndose y con él centenares de vidas. Hasta la ciudad llegaba el eco de la lucha, el cascar siniestro de las ametralladoras, los bocinazos épicos de los fusiles, la descarga ensordecedora de los cañones. Los barrios del oeste de Madrid se erizaban de expectación. La noche obscura no pudo apagar el ardor de la lucha, la noche obscura se iluminaba con el fuego de las descargas. Hasta las tres de la madrugada duró el combate. A esta hora un grito de júbilo debió rasgar el pecho de nuestros combatientes. La fosa del fascismo estaba abierta ya en Madrid; más de 700 cadáveres iban a alfombrar su fondo.

Regocijémonos, pero que este regocijo, que esta satisfacción tan bien ganada, luego de la zozobra de los días pasados, no amengüe en nada la tensión avizorante en que vivimos. Atentos los ojos y los oídos, toda la voluntad al servicio de la victoria; todos los brazos y todas las inteligencias, un propósito único: vencer. La fosa está abier-

ta, hay que colmarla. Que nuestras vidas no sean hoy una sucesión de días y de noches; que todas ellas no tengan más que una hora única iluminada por la ansiedad del triunfo. Haber contenido el avance del enemigo, haberle hecho retroceder unos kilómetros no quiere decir que Madrid se vea ya libre de su amenaza. Hoy más que nunca atención a la guerra.

"LA OVEJA PERDERÁ LA LANA..."

Las Agencias nos transmiten la noticia de haber salido de Francia, con rumbo a Sigüenza, donde se instalarán, el ex conde de Romanones y algunos de sus familiares. Hemos buscado apresuradamente en el mapa, por si nos equivocábamos; pero no: Sigüenza sigue aún en poder de los facciosos. Nos hemos quedado un poco pensativos.

Hace algunos meses el ex conde de Romanones (alias «el Zorro»), se encontraba en San Sebastián. Estaba a merced de los revolucionarios; podía ser apresado y hasta fusilado (seguramente, nunca hubieran faltado motivos). Pues no: el ex conde de Romanones fué respetado. Ocurrió por entonces que los facciosos, antiguos amigos del «Zorro», bombardearon San Sebastián, y lo bombardearon como ellos saben hacerlo, criminalmente, sin respeto para nada ni para nadie; ni para los seres, por inocentes o inofensivos que fuesen, ni para las cosas más o menos prestigiosas o tradicionales. Y el ex conde apoyó una mano en la cadera más voluminosa, hizo bocina con la otra mano y le gritó al Mundo: «Mis viejos amigos son unos brutos de solemnidad y merecen la execración y el desprecio del mundo civilizado».

Y hasta añadió algo así como que los «rojos» éramos las únicas personas decentes que había en España.

Y a nosotros se nos cayó la baba. Y cogimos al lindo ex conde y le lanzamos al otro lado de la frontera. ¡No hacía mal «réclame» la

grotesca figura del ex conde por las playas de Hendaya y San Juan de Luz! Hablaba bien de nuestra candidez infantil y de nuestro respeto, aun por las ruinas nacionales.

Pero el señor ex conde, «patriota» cien por cien, ha sentido la nostalgia de la patria, y más aún de la patria chica, y ha decidido trasladar su residencia a España; y, dando pruebas de consecuencia, ha ido a fijar sus reales en Sigüenza.

Y, después de todo, ¿qué? Ya dijo él que los «rojos» éramos personas decentes, y no es dudoso que al «Zorro» le hubiera sido difícil la convivencia entre nosotros. Ahora, a sus amigos, les dirá que aquello fué, sencillamente, una zorrada. Bien dicen que «la oveja perderá la lana..., pero no la maña».

Ahora, lo que no debemos olvidar es que aun quedan muchos «zorros» entre nosotros. No queremos citar nombres, porque, a veces, conservan tufillo de respeto y hay periódicos que emplean tinta «neutra» para escandalizarse de nuestras irreverencias. Pero hallaríamos más de cuatro entre nuestros respetables «ex patriados».

¡ATENCIÓN A LAS "COLAS"!

Una vez más, vamos a hablar de las «colas». La limitación de horizontes de la vida madrileña nos obliga a la reiteración de motivos, más aún cuando los objetivos propuestos por esta reiteración no llegan a alcanzarse nunca y nuestras palabras y nuestras intenciones, con calor meditadas y sentidas, caen en el vacío.

Las «colas», hemos dicho más de una vez, representan un peligro para la moral del pueblo con relación a la causa antifascista. En los anillos de esta dolorosa cadena de esperas que a veces se enrosca permanentemente a las manzanas de las barriadas, no es difícil al enemigo introducir elementos de corrosión que muerden con relativa facilidad en la abulia y el cansancio de las horas vacías.

Resistir a esta corrosión es otro de los heroísmos de nuestras mujeres, cuya fortaleza no cantaremos nunca bastante; pero es necesario no abandonarlo todo a su capacidad de resistencia que una circunstancia imprevista pudiera romper inesperadamente, ya que ella no está hecha de materias inertes, sino de nervios y de corazón.

Lo mejor, lo más acertado, lo más radical, sería acabar con las «colas», cosa que no nos pareció nunca imposible con una meticulosa administración de las subsistencias, y que no sabemos si, por impericia o por falta real de voluntad, no se ha logrado nunca.

Lo mejor, repetimos, sería acabar con las «colas»; pero, ya que esto no se consiga, es necesario establecer una estrecha vigilancia cerca de las mismas. Impedir a toda costa que elementos de disgregación se introduzcan en sus filas y hagan derivar la paciencia heroica de las mujeres hacia impaciencias que pudieran explotar en actitudes poco convenientes para la causa que defendemos. Hemos observado movimientos y recogido rumores que nos obligan a montar la guardia.

Pero téngase bien en cuenta que esto no puede ser un trabajo de policía vulgar, viejo estilo; hace falta en esta labor un cuidado y un tacto exquisitos. Téngase en cuenta, sobre todo, que con el pueblo que da su sangre por la paz y el bienestar de todos, es necesario extremar las solicitudes y las atenciones; que nadie tiene otras atribuciones ni otras prerrogativas que las que él mismo se ha dado.

Vigilancia, mucha vigilancia; pero mucho tacto también.

ES SÓLO UN MINUTO

¿Es la hora de escribir? No lo sabemos. Se nos ha asignado este deber y con él cumplimos inexorablemente, procurando afirmar la pluma ligera en la mano, cuando ésta se crispa buscando un fusil o una pistola.

Escribir, bueno. ¿Y qué es lo que podemos escribir ahora, cuando en nuestros cerebros las ideas están obscurecidas por el retemblar de los cañones?

Como una espiral que apretara sin cesar sus anillos, las ideas y los actos, giran hoy en torno a un objetivo: la guerra. Es necesario olvidar todo otro motivo, todo lo que ha hecho o pueda hacer nuestra vida. No mañana ni ayer. Es preciso sentir y vivir intensamente este hoy trágico, que puede arrastrarlo todo en un momento. Es preciso concentrar toda la tensión de nuestros músculos y de nuestro cerebro en este momento único que puede no repetirse nunca más. Miramos al frente, y quisiéramos hablar a nuestros milicianos con palabras encendidas, con palabras abrasadoras, más que las bocas de los fusiles; quisiéramos pedirles que clavaran los pies en la tierra y pensaran que toda la vida es un solo minuto, ese minuto, que puede quebrarse y derrumbarse definitivamente con un movimiento de su pie. Quisiéramos decirles, también, que su vida ya no es suya, que se ha fundido en la vida de los demás y ha pasado a ser un eslabón de la gran cadena hermana que cierra el paso a la barbarie. Que su vida no es suya, que no le pertenece, que no tiene derecho a pensar en él ni en sus hijos, porque él vive en los demás y en los hijos de los demás, como una carne y un espíritu únicos.

Y escribiendo esto hemos estado a punto de avergonzarnos —hablar, hilvanar palabras inclinados sobre la mesa, fuera del alcance de los obuses— si las sirenas alarmantes no nos hubieran indicado la presencia de un avión.

El motor zumba siniestramente sobre nosotros; en estos momentos puede pararse bruscamente el reloj de nuestra vida, exactamente igual que si estuviéramos enterrados en las trincheras; pero tenemos un deber que cumplir, y apresuramos el correr de la pluma; no lo vemos, no queremos verlo ni saber si las alas de acero trazan una vertical sobre nuestra cabeza; hay que seguir adelante con serenidad, con entusiasmo; hay que seguir hilvanando palabras, palabras que digan a todos cuál es su deber, un deber inexcusable, que está por encima de nuestro propio destino, porque es el destino de la Humanidad. Quietos,

inmóviles, hay que resistir las embestidas del enemigo, allá o acá, porque sobre todos por igual se cierne la muerte o la victoria, las dos únicas salidas que nos ofrece este instante definitivo.

POR UNA SOBRIEDAD REVOLUCIONARIA HAY QUE REDUCIR LOS GRANDES SUELDOS, DE LOS CUALES SURGE LA FRIVOLIDAD DE LOS PRIVILEGIADOS

Hay temas a los que debiera dedicarse una sección diaria, como hay fechas y acontecimientos que diariamente deben estar presentes en nuestra memoria y en nuestro espíritu para que ellos sean en toda hora el norte de nuestra actuación, el punto de referencia de nuestras actividades.

Uno de aquellos temas es el de la sobriedad revolucionaria. Sobriedad revolucionaria que no existe. De ahi la necesidad de cultivar el tema, de machacar diariamente, hasta conseguir que este concepto moral abra brecha en el ánimo de la España antifascista.

La sobriedad, la austeridad de costumbres es acaso la virtud revolucionaria más indispensable para la victoria, y por esto hay que procurar, cuando esta virtud no nace espontáneamente de los individuos, imponerla por todos los medios a nuestro alcance. Y, claro, que el medio más inmediato y seguramente el más eficaz, es purgar a los Organismos y a las instituciones del Estado revolucionario de la orientación vana que presidió y preside los Estados burgueses, lo mismo en la esfera oficial que en el campo de la actuación particular de sus dependientes y funcionarios.

¿Cómo llegar a esto? Hay un medio infalible: reducción de presu-

puestos para gastos representativos y de altos sueldos. Si estimamos prematuro establecer el jornal único de guerra, medida altamente revolucionaria, sin duda, por la que particularmente nos pronunciaríamos con todas las consecuencias, si puede establecerse una escala de sueldos reducida, a la que se sometieran, obligadamente, desde la más alta magistratura de la República, al más humilde de sus hijos. Ese, y no otro, es el camino.

Estamos convencidos de que no todos los que permanecen en la zona leal, ni todos los que prestan su concurso a la causa antifascista, lo hacen por un sentimiento político arraigado. Los que ayer no militaban en ninguno de los sectores combatientes, no han podido crearse, de la noche a la mañana, un ideal, ni siquiera una orientación en su cerebro, atrofiado durante años y años por un conformismo o un egoísmo indiferente; estos individuos, al calor de un distintivo político o sindical cualquiera, sólo buscan el medro y la satisfacción de sus particulares conveniencias. Y éstos son los interesados en mantener a toda costa el clima moral en que ayer se desenvolvían.

El desplazamiento a las trincheras, a las actividades bélicas más duras, de los verdaderos, de los puros antifascistas, ha dejado a estos advenedizos campo ancho a su fácil acomodación. Enquistados, como ayer, en los organismos e instituciones del Estado, siguen disfrutando de una vida fácil y ostentosa, sin miramiento a la sangre que corre, sin acordarse de que esta ostentación es una bofetada directa a la mejilla del pueblo, que sigue arrastrando la misma vida miserable y doliente que ayer.

Y el mal está en que el ejemplo cunde, en que los organismos recién creados se contaminan de la misma enfermedad. Más de una vez hemos oído hablar en este sentido de los Comités; nosotros mismos hemos levantado a veces el índice acusador, y es seguro que la contaminación no se detendrá, que el mal correrá invadiendo y pudriendo las nuevas instituciones si no nos decidimos a emplear rápidamente el cauterio preciso.

Basta de sueldos altos, basta de privilegios; organícese de una vez la vida de guerra; no basta con cerrar establecimientos ni lugares de

diversión; éstos son capaces de minar las ciudades y vivir clandestinamente. Aquí no hay más que una solución: vaciar el bolsillo del burócrata; que termine su alegría confiada y se someta a las mismas condiciones de guerra de que el pueblo «disfruta».

Multitud de veces se ha hablado y escrito sobre la burocracia y la superfluidad de ella; pero, a decir verdad, la burocracia en sí, como actividad, nos es hoy indispensable. Es necesario concretar, señalar más directamente. Hay que luchar contra el «burócrata», contra el burócrata como tipo tradicional de señoritismo; hay que emprender una activa campaña contra la vida fácil, y la vida fácil nace única y exclusivamente del dinero abundante.

Reducir los sueldos, someter los haberes de la burocracia a una revisión revolucionaria; sólo esto puede darnos la sobriedad necesaria, elemento de la victoria.

¿POR DÓNDE EL NUEVO PELIGRO?

«Entraremos en Madrid sin disparar un solo tiro», dijo Franco un día. Acaso le alentaran a mantener esta ilusión las retiradas a que circunstancias que nada tienen que ver con el valor de nuestras milicias ni la pericia de nuestros mandos nos obligaron a través de la llanura castellana desde Talavera a Carabanchel.

Se modificaron aquellas circunstancias, y varió totalmente para Franco y sus compinches el panorama de la toma de Madrid. Los tiros que se prometían economizar hubieron de derrocharlos a millones, y con los tiros, millares de vidas humanas —5.000 individuos, de los requetés solamente, acusaban el otro día los periódicos facciosos—. Las milicias revolucionarias habían clavado sus pies en el suelo y no bastaban a arrancarlos de él ni los cientos de trimotores que volaban sobre sus cabezas, ni toda la bestialidad marca teutona que los tripu-

laba, ni toda la desesperada acometividad que la vista del Madrid tan rabiosamente deseado despertara en los moracos, presuntos colonizadores futuros del Avapiés.

Fecha tras fecha, señaladas fanfarronamente para la toma de café, la merendona o la injestión de hostias benditas, iban cubriéndose de ridículo los generalitos barbianes. Vueltas y vueltas en torno a Madrid, sin encontrar la brecha por donde escurrir al interior su asqueroso cuerpo de reptiles.

Otra nueva fecha en perspectiva: la de mañana. Pretenden, sin duda, celebrar la Concepción Inmaculada con la crapulosa orgía prometida a los «morenos», a costa de las castizas madrileñas; pero... «¡miau»!, que dirían las aludidas, tampoco es por ahí. Nuestras milicias no duermen, y mañana, sobre el flamante uniforme engalanado de los generalazos, colgaremos otra charretera de ridículo.

¡Bien seguros estamos de nuestros frentes! Pero, sin saber cómo, se nos ha venido a la memoria una reciente información de «El Diario de Lisboa», en la que se insinuaba la posibilidad de un cambio de táctica por los presuntos sitiadores de Madrid. No creemos ya que sea presionar sobre la carretera de Valencia, táctica nada nueva y repetidamente ensayada, sin resultado. Las demostraciones aéreas de estos días nos han parecido demasiado elocuentes, y es hacia lo alto hacia donde entendemos deben dirigirse las miradas. Es la defensa aérea de Madrid la que debemos organizar rápida y eficazmente.

La sistematización de los ataques aéreos sobre Madrid acaso lograra lo que no ha podido realizar el ataque directo a los frentes. No la desmoralización de la retaguardia, sino su imposibilidad material de actuar, su desarticulación, su destrucción, en una palabra, es el nuevo peligro; y éste tendría las mismas fatales consecuencias que el derrumbamiento de las líneas de fuego. Ojo, pues, a lo alto. Entendemos que es de suma urgencia la vigilancia permanente sobre Madrid; la organización eficaz de la defensa antiaérea de Madrid.

MIENTRAS SE LUCHA EN EL JARAMA

TOROS EN VALENCIA

No se insiste nunca bastante cuando se trata de moralizar la retaguardia. Y no es que no nos sea profundamente doloroso tener que insistir en el tema. Hubiéramos querido que cada habitante de la zona antifascista tuviera conciencia del alto deber a que viene obligado y sintiera espontáneamente ese espíritu de sacrificio que se viene predicando en todas partes y que, al parecer, sólo el pueblo, como ayer, está obligado a practicar.

Vamos a hablar nuevamente de Valencia, y cada día con más amargura y más indignación. Hemos dicho de Valencia, y vamos a agregar de Barcelona, y de Castellón, y de toda la costa levantina, y de todas las ciudades alejadas del teatro de la guerra.

Añorábamos un día los «monos» de julio, que habían proletarizado nuestro movimiento y abominamos hoy de los uniformes brillantes, de los cueros relucientes, de las botas y los leguis charolados, que, con su relumbrón y su fastuoso empaque, parecen haber contaminado a sus portadores de todas las lacras y de todos los vicios que minaron a la decadente burguesía.

Cruzar las calles de Valencia o Barcelona, donde, a pesar de todas las disposiciones, los «autos» veloces frenan el dinamismo de sus motores en las puertas de los bares, de los teatros y hasta de las casas de prostitución, es crispar los puños con rabia incontenida, mientras la imaginación vuela a los campos castellanos, a las trincheras que circundan Madrid, donde el pueblo da su sangre generosamente por un mañana que están repudriendo de antemano los señoritos sin escrúpulos, que sólo conocen de la guerra la cartelería chillona, las charangas, los desfiles y las dietas del privilegio.

Con ser terrible y asqueante esta totalidad del conjunto, aun hay

algo que nos hace sufrir más intensamente cuando escarbamos pretendiendo identificar en estos señoritos insolentes a la burguesía emboscada, y es, al comprobar que este parasitismo denigrante, más criminal y más inmoral hoy que nunca, incluye también a individuos que ayer tuvimos por íntegros y perfectos revolucionarios. Hombres cuya sobriedad ejemplar admiramos ayer, cuelgan de su brazo una querida deslumbrante arrancada a las tablas de cualquier teatrillo de «variétés», y la pasean con vergonzoso desenfado por los hoteles donde se come aún opíparamente y se reposa entre el humo de los «Lucky» y el sopor de los vinos caros.

¿Es ésta la regeneración que hemos comenzado?

Anteayer hubo corrida de toros en Valencia. El sol arrancaría destellos deslumbrantes a los alamares del lidiador, y la multitud —la multitud de haraganes infatuados— rugiría coreando la majeza torera. Mujeres, sol, charangas, sentidos embotados. Allá, en las líneas de fuego, la sangre corría y la carne se desgarraba.

Imposible continuar así. Hay una falta de lógica enorme entre la manifestación del domingo y la corrida de anteayer.

Movilización, movilización, sí; pero que su disciplina, que su dureza alcance a todos. Que la movilización, la militarización suponga moralización inmediata.

Lo decimos y lo repetimos una vez más: esto no puede seguir. El más elemental respeto al pueblo lo exige. No podemos tolerar que reflorezca a sus espaldas todo lo que él mismo quiso tirar por la borda el 19 de julio.

OTRA VEZ, Y MIL VECES MÁS, ¡LOS NIÑOS!

Cuantas veces topamos con los niños en la hora presente, nos llenamos de sobresalto. Desde ésta y desde todas las tribunas a nuestro alcance machacaremos un día y otro. De todas las víctimas de la guerra, de toda la sangre derramada, de todo el dolor producido, es el

niño, el niño siempre, la sangre del niño y el dolor inexplicado del niño lo que nos llega más hondo.

Los hemos visto en la calle reír, inconscientes al peligro; los hemos visto entre los montones de ruinas, con los ojos desorbitados, buscando la ternura y el calor perdidos en las manos de la madre inerte; los hemos visto llorar despacio, de un dolor que ellos desconocían y que nosotros no podíamos penetrar, y hemos sentido nuestras entrañas sacudidas profundamente por la emoción. Pero nunca nos ha embargado este dolor sutil, agudo, que nos punza a la vista de esta fotografía de niños que publica un diario de la mañana.

Son niños de doce a catorce años; cuerpecitos acartonados, rígidos por violencia, una dureza que viene de fuera y pretende modelar las blandas y suaves facciones infantiles, el peso del fusil surca profundamente el hombro izquierdo. Ya no han sido nuestras entrañas de mujer las que han padecido el sobresalto: han sido nuestro espíritu y nuestras convicciones revolucionarias.

Pretendemos que de la guerra salga la Revolución; y la Revolución no es, ni debe ser, ni queremos que sea, una subversión de valores económicos exclusivamente. Desde hoy, ya, debemos trabajar por que la subversión más profunda se realice en las conciencias, en nuestras propias conciencias corroídas y contaminadas de todos los vicios del mundo antiguo, y debemos cuidar, ante todo, por que las conciencias no formadas aún desconozcan esta sucia carroña en que nos hemos movido nosotros. No enfanguemos la conciencia del niño en este mar de odio y de rencores en que nos agitamos.

Con harto dolor, con honda repugnancia, hemos tenido que ver a la mujer —bien que no la hayamos aceptado como una necesidad y hasta como un deber— torcer su propia naturaleza y actuar en la guerra con una decisión y una dureza masculina. Bien está que nosotros, las generaciones presentes, agotemos el odio y hasta la crueldad si este desbordamiento, esta riada maldita puede arrastrar, de una vez para siempre, los residuos del mundo muerto, de una sociedad de injusticias y de crímenes inconfesables que ha hecho posible en los niños un dolor de hombres; pero que el odio muera, a su vez, con nos-

otros, que nuestros hijos, los hombres de mañana, desconozcan esta triste herencia. Es preferible que ignoren hoy la naturaleza de sus lágrimas.

Sólo así, limpios, completamente limpios, podrán edificar sobre la tierra limpia que vamos a legarles.

Por humanidad, por sentido revolucionario, ante todo, establezcamos una divisoria entre los hombres de hoy y los de mañana.

¿NO LUCHAMOS CONTRA EL PRIVILEGIO? LAS DIETAS A LOS EMPLEADOS DEL ESTADO Y EL JORNAL ÚNICO DE GUERRA

Hace algún tiempo, a poco de trasladarse el Gobierno a Valencia y cuando comenzó aquella loca carrera de la burocracia madrileña hacia la capital levantina, hubimos de elevar nuestra protesta contra un decreto que establecía la dieta de 10 pesetas para todo empleado de los organismos estatales que sufriera el beneficioso traslado de residencia. Nos parecía —y sigue pareciéndonos—un absurdo que a la ventaja de verse alejado de un peligro inmediato, a la felicidad de gozar de un clima maravilloso y de la encantadora visión del Mediterráneo, se le agregara una dieta de 10 pesetas que le permitiera injerir cómodamente las sabrosas paellas de la Marcelina en galerías encristaladas, al arrullo del mar.

Los burócratas madrileños, relucientes y bien nutridos, han convertido las calles valencianas en un constante desfile de feria. Sus familias, evacuadas, ocupan pisos y hoteles suntuosos o coquetones, por los que, en la mayoría de los casos, no pagan un «chavo», que diría cualquier esclavo de la huerta; y las 10 pesetas diarias ruedan cantarinas sobre los mostradores de los bares y de los cabarets, operando el

milagro—nada sorprendente—de elevar hasta alturas inconcebibles el coste de la vida valenciana y de suscitar contra la generalidad de los evacuados—tal vez con un poco de injusticia en esta generalización—un irritado instinto de defensa en las clases humildes de la capital levantina.

Entendíamos entonces, y seguimos entendiendo, que lo menos que puede exigírseles a los empleados del Estado, y particularmente en las actuales circunstancias, es que se sometan a ellas, y ocupen, como cada ciudadano, el puesto que las necesidades del momento les designen.

Hoy nos vemos sorprendidos con un nuevo y flamante decreto estableciendo la misma dieta para los empleados que permanezcan en Madrid y cuyas familias hayan seguido las normas de evacuación forzosa dictada por las autoridades; de donde se deduce que el privilegio sigue extendiendo su campo de acción.

Recordamos, por más que se nos quiera alejar de este pensamiento con la anteposición de las imágenes de guerra, que estamos en pleno período revolucionario, que todos los esfuerzos deben tender a amenguar las diferencias de clase; a abolir, no sólo los grandes sino hasta los pequeños privilegios, tan irritantes como aquéllos si pueden herir los sentimientos de las clases que más generosamente contribuyen a la defensa de la causa revolucionaria.

Recordamos que el sueldo único del miliciano son 10 pesetas diarias; que muchos milicianos tienen sus familias evacuadas por fuerza, y que una gran parte de ellos llevan dos y tres decenas sin cobrar; y tenemos en cuenta también que la inmensa mayoría de los milicianos, adelantándose al deber, fueron y permanecen en los frentes por voluntad propia, por un arranque generoso de sacrificio a la causa común, por un acto de conciencia revolucionaria, o, cuando menos, por un tributo a un sentimiento tradicional de patriotismo.

Por esto—lo decimos con todos los respetos—ambos decretos nos parecen francamente censurables y tienen todas las trazas de una bofetada para los ardientes defensores de la libertad española.

Quisiéramos saber cómo piensan las organizaciones sindicales, que

proponen a los trabajadores, ya sin horas de jornada ni reglamentación de salarios, el establecimiento del jornal único de guerra.

Ha sonado la hora de los sacrificios; pero estos sacrificios no puede ni debe tolerarse que, hoy como ayer, sigan cayendo exclusivamente sobre la raza de los desheredados. Sacrificios, sí; pero sacrificios para todos, del más alto al más bajo; que no se excluya a nadie, que no comience la edificación de la vida nueva sobre bases de injusticia y privilegio.

Y que el dinero, mientras llega la hora de su desaparición, sea administrado con probidad guerrera. Que acaben espectáculos deprimentes para un espíritu revolucionario como el de la capital levantina. Probidad en todos, del ministro al peón.

LA CEREMONIA MATRIMONIAL o LA COBARDÍA DEL ESPÍRITU

En el archivo de cierto Ateneo Libertario hemos podido contemplar un gran montón de actas matrimoniales, certificadas por camaradas del Comité, en representación del mismo.

Y al igual que en este Ateneo, es seguro que podríamos hallarlas en cualquier Sindicato o en las oficinas de un batallón confederal.

Habrá, sin duda alguna, quien intente quitar importancia a estas cosas, acaso alguien que estime que no vale la pena de llenar dos cuartillas con asunto semejante, y hasta tratará de sonreír y hacer chistes más o menos decorosos en torno a la cuestión.

Nosotros estimamos, por el contrario, que en un período de honda transformación social no hay detalle ni acontecimiento, por poco importante que parezca, que no deba ser examinado por nosotros con profundo detenimiento.

Estas que suponemos pequeñas cosas, tienen a veces una importancia trascendental en la vida de relación de los individuos, que es el fundamento básico de todo el edificio social.

Cada una de estas pequeñas cosas aisladamente aparentan carecer de importancia; pero como ninguna vive y subsiste por sí misma sino que tiene una relación estrecha con las demás, constituye un piñón del engranaje total, es necesario que no sean miradas con desdén ni ligereza por nadie.

Nos hemos pasado años y años los anarquistas predicando la unión libre, anatematizando —perdónesenos el término— el ritual canónico y hasta el civil del matrimonio.

Hemos llenado periódicos y revistas y hasta libros condenando los viejos formulismos matrimoniales y relacionándolos, muy acertadamente, con lo que era la base del sistema social capitalista: la prostitución. La prostitución en todos los aspectos: la prostitución del hombre que precisaba hipotecar su pensamiento y sus ideas para comer; la prostitución de la mujer que habia, por la misma causa, de llegar hasta la venta de su propio cuerpo. La prostitución, consecuencia obligada de la explotación.

Si esto fué así, si nos pasamos los años afirmando que para la unión de dos seres bastaba el libre consentimiento de ambos y que un certificado matrimonial no era otra cosa que un contrato de venta, ¿qué explicación daremos a estas absurdas ceremonias, que han comenzado a tomar carta de naturaleza en los organismos sindicales? Y es doblemente bochornoso, porque este acto no es sino fiel trasunto de la ceremonia canónica, ya que para que surta efectos jurídicos ha de ser, como aquélla, confirmada y legalizada más tarde ante el Juzgado.

Y reafirmamos lo de bochornoso, porque, en el fondo, no representa otra cosa que la intromisión pública en el acto carnal. La traducción de una función sencilla y natural en acontecimiento espectacular de categoría pornográfica.

No nos cansamos y no nos cansaremos nunca de repetir que estamos haciendo la Revolución, que ha llegado el momento de substituir

por hechos las palabras, que a la verborrea fácil que se derrochó ayer hay que hacer honor ahora, so pena de romper nuestro crédito de revolucionarios y de anarquistas, que es como decir revolucionarios dos veces.

Si la Revolución es reforma de costumbres, comencemos por ahí; pero pronto, rápidamente, llevemos a la vida todo lo que ayer constituía nuestras aspiraciones, nuestra ley y nuestros principios.

Hemos dicho el otro día que la Revolución había de comenzar en nosotros mismos, y si no lo hacemos, perderemos la Revolución social, ni nada más, ni nada menos; nuestra mentalidad burguesa no hará sino revestir de ropas nuevas los viejos conceptos, conservándoles en toda su integridad.

Hay que cuidar mucho esas pequeñas cosas, que a veces son los mejores delatores de nuestra falta de capacidad revolucionaria.

Condenemos, si nos place, la libertad de unión; pero no la disfracemos cobardemente con hipócritas ceremonias, mezclando a los Sindicatos en nuestras cobardías espirituales.

LA REPRESENTACIÓN QUE ACEPTAMOS

Un periodista ha visitado en Barcelona al cónsul general de Méjico. Buscaba, sin duda, sentir a través de él el calor humano y vivísimo con que allende los mares un pueblo hermano hace suya la tragedia de España.

El cónsul ha hablado con honrada sinceridad de la ayuda que el pueblo mejicano ofrece a los luchadores españoles. Ha aludido a una corriente de simpatía que recorre las masas populares, despertando el entusiasmo hacia el gesto heroico con que el pueblo español se sacude la esclavitud ancestral y se erige, con actitud gallarda, en el símbolo vivo de la liberación humana.

Alguien pudiera creer que esta honda vena de solidaridad es la voz de la sangre que responde, a través de los años empeñados en profundizar las diferenciaciones, al llamamiento ancestral de nuestra raza.

No creemos nosotros en la voz de la sangre; hay en este movimiento espontáneo algo más fuerte y más hondo que hermana a los pueblos por encima de todas las afinidades sanguíneas: la comunidad de dolor y la ausencia de libertad. Estos son sencillamente los más hondos veneros de solidaridad; por esto la fraternidad no es nunca de naciones, sino de pueblos. Mientras multitud de españoles residentes en Méjico han de ser vigilados para que sus actividades no puedan dañar a la causa antifascista, el proletariado mejicano trabaja dos horas más, y el importe íntegro de este exceso de jornada lo destina a sus hermanos de España. Y es que el pueblo mejicano tuvo una historia de opresión y tiranías semejante a la nuestra; por eso nuestro dolor le duele con dolores propios y le impele a abrirnos los brazos en una ofrenda de aportación a nuestra causa.

Estas aportaciones nos obligan más y más. Erigidos en el símbolo de la liberación integral, debemos mantener dignamente esta actitud.

Nosotros hemos dejado de ser nosotros mismos: es la carne proletaria mundial la que sufre y goza en nuestra propia carne, y hemos de ostentar con indomable orgullo esta representación y hacernos dignos de ella.

LA CARIDAD DE AYER Y LA SOLIDARIDAD DE HOY

Aunque la frase haya adquirido carácter de tópico, no podemos menos de repetir: estamos en plena transformación revolucionaria; y no vale echar mano, para desentendernos de esta realidad, de otra frase no menos actualizada: lo primero es ganar la guerra.

Para nosotros, ambas tareas son simultáneas y perfectamente com-

patibles, y, más aún que compatibles, obligadamente conjuntas. A esta transformación renovadora no puede ni debe substraerse ninguna manifestación de actividad social; hay que transformar los hábitos de trabajo y los hábitos de convivencia; pero es necesario que la Revolución no sólo sea de forma, sino de fondo. A veces, puede tener importancia trascendental la renovación de una palabra —no debemos desdeñar el menor detalle—, pero hemos de tener cuidado que, por atender a la forma, es decir, a los nombres de las cosas, nos quedemos en la epidermis de ellas, mientras debajo del nombre nuevo siguen discurriendo, con todos sus defectos y todos sus vicios, los conceptos de ayer.

Esto ha ocurrido, por ejemplo, con la caridad. Es cierto que se le ha cambiado de nombre; verdad que en el terreno particular nuestra solidaridad de hoy tiene más espontaneidad, más profundidad, más calor humano que la caridad de ayer; pero nos duele ver que en terrenos oficiosos nuevas entidades con nombres nuevos han venido a substituir a las viejas Juntas y Patronatos del mundo antiguo.

Todos los días se anuncia una subscripción, un beneficio, una tómbola. A cada paso os sale una mano tendida, un gesto pedigüeño. A cada hora, el ciudadano se ve acosado por una coacción; y todo en nombre de este o aquel organismo que, con el bolsillo del ciudadano, se crea un nombre y una popularidad, a cuya sombra, igual que ayer, surgen multitud de intereses nuevos, similares a los viejos. Y no puede ser de otra manera, ya que nacen de los mismos estratos.

En nuestro barrio, en tiempos del antiguo régimen, oíamos hablar a las gentes ingenuas de la grande y desinteresada labor que desarrollaba cierta comunidad de frailes. Habían montado unas espléndidas escuelas, donde se «educaban» gratuitamente muchos hijos del pueblo. Pero el caso es que periódicamente los vecinos de la barriada recibían unas papeletitas, con las que los frailes, a la vez que cantaban las excelencias de su labor, metían los dedos en el bolsillo del ciudadano. De donde sucedía que, con los céntimos del prójimo, los frailecicos labraban su popularidad por darle «generosamente» un servicio que ha-

bía pagado de antemano. Ahora ocurre algo semejante con otros organismos.

No olvidamos que estamos en período revolucionario y debemos hacer que no escapen a su influencia ni siquiera los ritmos de nuestro corazón.

LAS BATALLAS PSICOLÓGICAS

Hace algún tiempo vimos una película soviética en la que las tropas revolucionarias ganaban, con un alarde de serenidad y estoicismo, una batalla a los blancos.

Miles de hombres, formados en plan de parada, el fusil al hombro, avanzaban hacia las posiciones enemigas, firme el paso y rígidas las figuras. No importaban las balas que silbaban en torno a ellos, ni tampoco los claros que se producían en las filas; automáticamente, éstas se cerraban e, imperturbables, los hombres seguían avanzando.

El procedimiento produjo, primero, un movimiento de estupor en el enemigo, que paralizó sus actividades defensivas. Ante aquellas filas de hombres que avanzaban sin mover un solo músculo de su cara, duros e impresionantes, como bloques de cemento movidos por una fuerza mecánica, el estupor de los «blancos» se convirtió en asombro y el asombro derivó en terror. La grandeza imponente del gesto ocasionaba una extraña reacción psicológica en el enemigo, que acabó huyendo en desbandada. A esto lo llamaban en la película una batalla psicológica.

Dijérase que Franco, enamorado del procedimiento, quiere organizar también batallas psicológicas buscando diversas reacciones. Pero, menos psicólogo que el autor de la película, o desconocedor en absoluto de la psicología del pueblo, huye de dar a sus batallas la grandeza imponente de la descrita. Busca el desconcierto de los «rojos» —como

él nos llama— por procedimientos más burdos. Anuncia ataques a fondo para fecha fija, que luego no se realizan ni se inician siquiera; nos sorprende, otras veces, con ataques inesperados por el sector que menos probabilidades de éxito ofrece para él; nos anuncia una escuadra aérea de 100 aviones capaces de destruir Madrid en un día, y luego pasan varios, majestuosamente, sobre la ciudad, sin soltar una bomba, mientras aprovechan una neblina para ametrallarnos desde su invisibilidad.

Todo esto podría llamarse intentos de batallas psicológicas, batallas que, para su desesperación, ve siempre perdidas.

Tan desconocedor es de nuestra psicología, que sus previsiones se ven siempre sorprendidas por una reacción contraria, y es que nosotros hemos aprendido a dominar nuestras reacciones. Hemos conseguido la más loable y la mejor de las disciplinas: la de los nervios.

Serán inútiles todos los esfuerzos de Franco; nuestros nervios son ya de acero, y todas las batallas psicológicas... las ganaremos nosotros.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Estos días menudean los discursos. Y, como si todos los «discurseadores» obedecieran a una consigna, las peroratas —que, dicho sea con dolor por nuestra parte, son escuchadas por unas multitudes boquiabiertas y silenciosas— tienen tonos francamente contrarrevolucionarios.

Al consabido y ya viejo «Hay que ganar la guerra», comienzan a añadirse otras frases que nos hacen temblar: «Hay que acabar con los Comités», y se dice que no es obra revolucionaria socializar la tierra y la industria. En una palabra, se niega la Revolución. Bajo la consigna de «obediencia ciega», que se pretende sea sinónimo de disciplina, se quiere cortar el paso a la iniciativa popular. Se abusa excesivamente de

la amenaza internacional para atemorizar al pueblo, precisamente cuando el proletariado mundial comienza a dar señales de vida.

Vuelve a hablarse de los incontrolables, sin que se defina claramente qué son los incontrolables, cuando creemos que el asunto Yagüe había liquidado esta cuestión. Nosotros afirmamos que el «incontrolable» está pasando a ser una creación, un mito contrarrevolucionario; que el «ganar la guerra, desentendiéndose de todo lo demás», y el «acabar con los Comités» y el respeto a los Registros de la Propiedad, son consignas de amargo sabor contrarrevolucionario.

Nuestra «suspicacia», siempre alerta, ha dado un respingo hoy al oír o ler en alguna parte, mientras se hacen paternales recomendaciones a los Sindicatos para que moderen su actuación, nada menos que esto: «Las Organizaciones patronales...» ¡Ahora resulta que hay Organizaciones patronales y que, además —y esto es lo peor—, se las tiene en cuenta!

Se esgrime el temor a la ruina económica, como si esta ruina no fuera la consecuencia obligada de toda guerra civil o imperialista. Se pretende debilitar la actuación de los Sindicatos, en lugar de robustecerla, cuando son ellos precisamente los únicos que pueden, con su actuación revolucionaria, levantar esta economía.

Tenemos la impresión de que van enturbiándose muy rápidamente los horizontes, tan claros y tan luminosos a fines de julio. No nos bastará que se nos diga que pretende así crearse un ambiente favorable a nuestra causa en el exterior. Nosotros entendemos que hay que decir claramente qué es lo que se va a ganar con ganar la guerra. La guerra tiene una razón y un objetivo, y este objetivo y esta razón son, sencillamente, la Revolución social. Por ella combate el pueblo y es necesario que esta verdad no pueda ser negada ni escamoteada por nadie entre chinchines y palabras hueras.

La verdad es que hay que ganar la guerra para la Revolución; pero... ¡mucho ojo! Hay que actuar revolucionariamente a la par; posición que nosotros descuidemos, la contrarrevolución la ocupa. Por eso, es preciso un lenguaje claro, que descubra íntegramente el pensamiento, que no pueda ser aprovechado ni explotado por nadie.

Y si se nos dijera que no son habilidades, que todos esos conceptos son reales y sentidos, debemos ponernos alerta, porque entonces es la contrarrevolución que actúa.

LA VERDADERA SOLIDARIDAD

Muchas vueltas han dado los proletarios del Mundo en torno a la solidaridad con España; muchas vueltas, demasiadas vueltas antes de hallar el verdadero camino. Han presionado a sus Gobiernos con manifestaciones más o menos pacíficas; han creado y multiplicado los Comités de ayuda a España; se han sucedido las colectas y las subscripciones, y a nuestros puertos han arribado barcos cargados de víveres para los combatientes revolucionarios. Se habían ensayado medios y maneras, y, aunque más de cuatro veces habíamos indicado cuál era la expresión exacta de la solidaridad proletaria, aún nuestros hermanos ultra las fronteras, no sabíamos por qué, no se habían decidido a hacerla real.

Hoy respiramos. Una noticia de Londres ha caído en nuestra pesadilla diaria como un balón de oxígeno para los pulmones de un moribundo. El horizonte cerrado que nos ofrecía la actitud mundial de los trabajadores con sus leves sonrisas de generosidad, se ha desgarrado. Una perspectiva amplia, llena de luz, de posibilidades radiantes nos inunda de fe. ¡Es posible la redención del Mundo! Los trabajadores ingleses han puesto el pie en la verdadera senda:

«LONDRES, 25.—Los barcos «Sneland» y «Savoia» han quedado detenidos en Cardiff por negarse las tripulaciones a emprender el viaje. Estos barcos fueron fletados por los rebeldes españoles para transportar víveres a Vigo.»

Así, este breve telegrama, es más elocuente que todos los discursos. que todos los artículos, que toda la vulgar literatura hablada o escrita que se haya producido en torno a la solidaridad.

Este puñado de trabajadores ha hecho, él solo, una labor más estimable, más práctica, más grande, en una palabra, que esa multitud de Comités movilizados en todo el Mundo en torno a la causa de los revolucionarios españoles.

Ni víveres, ni armas, ni municiones para los facciosos de España. Ya está abierto el camino; ésta es solidaridad proletaria de la mejor calidad; es la única que merece este nombre.

Si el proletariado mundial, consciente de su propia suerte, abre los ojos a este ejemplo, podemos reírnos de la Sociedad de Naciones, de los titubeos de Francia y de Inglaterra, de las arrogancias de Mussolini y hasta del ridículo bigote de Hitler, con cuya comicidad acaso haya pretendido encubrir su gesto feroz.

¡Hurra, trabajadores! Esto se llama saber administrar los propios intereses. ¡Hurra y adelante! ¡Alborea la aurora del Mundo!

¡MADRID!

CUATRO MESES DE HEROÍSMO

Es un impulso hondo superior a nuestra propia voluntad el que nos empuja a escribir aun cuando ya estén agotadas todas las palabras con que adjetivar la lucha que desde el 7 de noviembre viene manteniendo el pueblo de Madrid contra el fascismo internacional.

Ya fué su primer gesto de heroísmo el desdén con que volvió la cabeza hacia Levante y la sonrisa, entre triste y socarrona, con que subrayó el «record» de velocidades Madrid-Valencia.

Sabía lo que le aguardaba, y alzó los hombros estoicamente, haciéndolos más anchos y más firmes, para que en ellos descansara confiado el anhelo de libertad de todo un pueblo mientras nuestras legiones de combatientes bisoños adquirían la madurez precisa y la pericia impres-

cindible para emprender la ofensiva general que pudiera darnos el laurel de la victoria.

Comenzó la guerra enfrentándose dos sectores de contextura y características bien distintas. De un lado, un ejército disciplinado y homogéneo, con una técnica militar definida; del otro, legiones de hombres que sólo obedecían a impulsos morales —excelente factor de triunfo—, pero que no sabían cómo y de qué manera administrar estos impulsos para que alcanzaran la eficacia precisa.

De un lado, un ejército experimentado, armado y respaldado por el prestigio militar de los Imperios fascistas; del otro, hombres inermes que apenas tenían idea de lo que fuera un cerrojo de fusil. Hombres abandonados a sus propias fuerzas, y a cuyas espaldas las democracias internacionales urdían la maraña de sus intrigas de traición.

Esto hizo posible la retirada a través de la estepa castellana. Nuestros hombres no podían obrar milagros a lo Cristo, parando los trimotores con la mano o multiplicando por mil los contados cartuchos de su dotación. Era la ancha estepa inhóspita, sin otras trincheras ni otros parapetos que el breve ondulado abierto por la reja del campesino, el complemento desgraciado de su inexperiencia; y ellos retrocedían buscando afanosos un repecho donde apoyar el cañón de su fusil para organizar la resistencia necesaria.

Este repecho fué Madrid. Madrid organizó la resistencia a sabiendas de que la lucha iba a ser larga y a conciencia de que en su resistencia estaba la clave de nuestro triunfo.

Había que resistir, y resistir hasta que nuestros cuadros de hombres inorganizados adquirieran la organización necesaria, hasta que fuera posible aglutinar la acción dispersa de todos los combatientes antifascistas. Y Madrid, en pie, vigilante, heroico, ha cumplido esta misión.

Raudales de sangre han colmado sus arroyos, montones de ruinas obstruyen sus vías principales, barrios enteros son cementerios silenciosos; pero Madrid nos ha permitido organizar nuestros efectivos, crear elementos eficaces. Madrid, el heroico, nos da el Ejército de la Victoria.

EN PODER DEL AMOR MATERNO

Era ayer, no más, cuando toda la Prensa recogía las frases emocionadas y cálidas que un alemán anónimo dirigía a las mujeres de su país. Era ayer cuando las animaba a levantarse contra sus verdugos para defender la vida de sus hijos, decretada carne de cañón por las ambiciones imperialistas; y hoy, al repasar la Prensa de la mañana, nos sorprende un telegrama de París que, recogiendo noticias particulares de Alemania, da cuenta de haberse producido las primeras manifestaciones de madres alemanas en Darmstadt.

Lo esperábamos en el secreto de nuestro corazón. La madre alemana, no puede diferenciarse de la madre española. Bajo esta condición, todas las mujeres de la Tierra son iguales. Es necesario saber de cuánto dolor, de cuánta abnegación, de cuánto sacrificio está hecha la vida del hijo para comprender las hondas raíces del cariño materno. Más violento, cuanto más irrazonado. Sólo ante un hecho puede transigir; ante la honra o la gloria del hijo.

Ante la honra y la gloria del hijo, las madres españolas, torciéndose el corazón, saben sonreír; la lágrima furtiva que se resiste a caer presta a los ojos un brillo de entusiasmo que anima y conforta el espíritu varonil. Es como el asentimiento tácito a su partida. Y marchan tranquilos y alegres, erguida la frente, dispuesta a la corona del sacrificio, seguros los pies, prestos a pisar la zona heroica.

Los ven partir las madres; cada hijo, un héroe. El fin que los guía adquiere proporciones inconmensurables, y es en aquellos momentos cuando el amor maternal cobra conciencia y grandeza. La honra, la libertad antes que la vida, y sienten el orgullo de la gestación. Ven ya en el hijo más que en el hombre.

Pero no es éste el caso de las madres alemanas. El hijo parte no sabe a dónde ni a qué. Para ella no hay más que carne herida, sangre derramada; ninguna compensación al espíritu. Dolor y sólo dolor. Ellas,

como todas, soñaron en el hijo el mejor hombre. El mejor destino para él. Y ahora lo arrancan de sus brazos inesperadamente. Poderes más altos que su amor de madre le confieren el papel de asesino. Va allá lejos, a matar, sin razón ni motivo, sin pasión tampoco; va a convertirse en un monstruo, a mancharse de sangre inocente. Su nombre, de saberse, será execrado. El alto destino que la madre soñó quedará roto y obscurecido bajo la ignominia de un país desconocido para ella. Roto sin motivo, estúpidamente, por una voluntad ajena, por una mano fría que empuja sobre el gráfico de un país escuadras de hombres con el mismo cálculo riguroso que empujaría peones de ajedrez.

La tragedia de las madres alemanas, en esta hora, es algo sobrehumano. Ni siquiera un falso patriotismo puede confortarlas. Es la tragedia más dura y más cruel que hemos conocido.

No se ha pensado, sin duda, en el poder que puede asumir el amor maternal de esta forma herido. ¡Quién sabe si todas las ambiciones de Hitler pueden quebrar por ahí!

ACUSAMOS A LA DEMOCRACIA

Ha caído Málaga. Huímos por instinto y llenos anticipadamente de horror, de imaginarnos lo que habrá sido la entrada de la horda fascista en la ciudad mediterránea. Consideramos la serie de circunstancias que han rodeado esta caída y, lejos de desmoralizarnos, nuestros puños se aprietan con rabia incontenida, escupiendo al mundo y a la civilización y a la democracia —sobre todo a la democracia— nuestro odio y nuestro desprecio.

Ha caído Málaga, porque contra ella se había concitado el Mundo entero: las ambiciones imperialistas de Alemania e Italia, la diplomacia democrática de Francia e Inglaterra y la internacional indiferencia estúpida e incomprensible.

Cuando se conozcan detalles del hecho, es seguro que ha de temblar el más insensible. Por eso, entre todos los culpables, destacamos, queremos destacar, con signos indelebles, la participación de la democracia, de las normas y procesos democráticos, porque en ellos se ha querido ver hasta hoy la representación de un humanitarismo y una justicia social que se han descubierto, al fin, de una manera rotunda, hasta para los más cándidos, de una falsedad y una hipocresía insuperables.

Es la democracia internacional más culpable con sus medidas y transigencias que todas las descaradas provocaciones del imperialismo.

Y aun se habla en España de democracia y se pretenden sometimientos y claudicaciones en nombre de ella. No; la imagen de Málaga sacrificada nos escarba el corazón con uñas de fuego. ¡Democracia, no; Revolución social! Revolución social es lo único que puede inyectar a nuestros combatientes el ardor y la combatividad precisas para arrollar al enemigo y a todos sus aliados. Nada de turbiedades, decimos una vez y otra; claridad, precisión en las consignas. Revolución social es la única, la ardiente aspiración del pueblo.

Hay que ganar le guerra —rindamos tributo al tópico—, hay que ganar la guerra; pero la guerra no se gana sólo con disciplina fría y calculada; la guerra no puede ganarse con un mando único, si este mando único no interpreta las aspiraciones de la multitud. La guerra no es sólo una jugada de ajedrez, y sobre todo nuestra guerra. Para ganar la guerra es preciso despertar en nuestros combatientes una emulación interior, un entusiasmo y una ansiedad combativa.

Venga en hora buena la disciplina y el mando único; una vez y mil veces lo pedimos. Fuimos los primeros en proponerlo, nadie lo olvide; pero que esta disciplina y este mando estén respaldados por el ardor necesario en nuestros combatientes, y este ardor sólo puede suscitarlo la seguridad de que combaten por la Revolución.

Con esta certeza nada ni nadie puede desmoralizarlos. La caída de Málaga, un revés más, sólo nos servirá de acicate.

TODO EL MUNDO DEBE EMPLEARSE EN TRABAJOS ÚTILES PARA LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN

DESAPARECIDOS LOS "SEÑORES", SOBRAN LOS BUFONES

El ochenta y cinco por ciento de la juventud valenciana llamada a filas se presentó en un solo día en las Cajas de alistamiento. Cuando tanto hemos hablado de Valencia y de la frivolidad valenciana, no hemos podido por menos de sentirnos emocionados y respirar ampliamente ante el fervor antifascista patentizado por esa juventud, que, una vez más, viene a decirnos que lo que combatimos en la vida valenciana no es Valencia misma.

Y es hora ya de que los valencianos, la Valencia auténtica, los hombres de trabajo que sienten en lo hondo de su carne y de su espíritu toda la trascendencia y todo el dolor de nuestra lucha, se determinen a actuar intensamente y con procedimientos eficaces, para dar a Valencia el tono serio a que no debe permanecer ajeno ni el más apartado rincón de la España antifascista.

De nada servirá que desde aquí gritemos y nos desgañitemos, porque es inútil llamar a la conciencia de quien no la tiene. Los que infectan hoy la vida de Levante son los mismos que infectaron ayer la vida de Madrid. Es la hipertrofia burocrática del Estado, que tiene tiempo y dinero de sobra y busca la conjugación de ambas contingencias.

Una vez y otra, y mil, hemos indicado en estas columnas alguno de los medios eficaces para combatirlo. Es tal vez el más interesante la reducción de sueldos, la desaparición de dietas, la nivelación de haberes; el jornal único de guerra, objetivo supremo. Si la vida es dura en las trincheras, no tiene por qué, ni debe, ser blanda en la retaguardia. No se pueden organizar charlotadas ridículas mientras los

aviones facciosos riegan de bombas las ciudades, sembrando la muerte y el terror entre criaturas inocentes y mujeres inofensivas.

¡Basta, basta y basta! A veces la inutilidad de nuestra pluma nos mueve a cólera. Hay que acabar con los piojos de la Revolución.

A veces una sensiblería bien administrada nos dice que los «artistas» tienen que comer. Bueno, ahí están las trincheras y las fortificaciones. Con el señor, debe morir el bufón. Respetemos el arte en sus nobles manifestaciones; pero, ya lo hemos dicho otras veces, las actividades inútiles, han de acabar forzosamente; los trabajadores mismos deben imponerse esta obligación.

Los tiempos no son de reír; el fusil espera, o la pala y el azadón al que no sirva para otra cosa; lo que no se puede hacer, lo que no permitiremos que se haga, es mantener contra el interés de la guerra misma el parasitismo de toda clase que en torno al dinero y al tiempo de sobra florece fácilmente.

Camaradas de Valencia, jóvenes reclutas valencianos, hay que devolver el decoro a vuestra ciudad.

Sindicatos de Levante, sois vosotros los que tenéis la clave del problema. Sólo el trabajo útil tiene derecho a mandar.

Los canallas capaces de organizar fiestas de tronío cuando el pueblo sufre el ataque del imperialismo extranjero deben ser aplastados como sapos.

SOLUCIONES IMITATIVAS

EL STAJANOVISMO

La Revolución española —por más que elementos interesados quieran eludirlo debemos asentar la afirmación de que «nuestra guerra» es social, por lo tanto, Revolución—, ofrece características propias, emanadas de la raza y del temperamento, para las que todos los fac-

tores que integran el sector que llamaremos revolucionario debieran tener un poco más de respeto.

Es, so pretexto de ganar la guerra —sin decir por qué ni para qué—, como día a día vamos viendo morir los organismos creados en los primeros momentos por la iniciativa popular; es, otras veces, un afán imitativo —por desgracia nacido en nuestra juventud—, de la que hemos dicho con frecuencia que su virtud mejor es la espontaneidad, el que va incorporando a nuestro movimiento con palabras exóticas aspectos o frases que, si no son en absoluto contrarios a nuestra idiosincrasia, son, cuando menos, en muchas ocasiones, inoportunos o inaplicables.

Desearíamos que nuestros jóvenes hincaran más los ojos en el panorama nacional, estudiaran más a fondo las posibilidades y las características de nuestro movimiento, antes de echarse a rodar fronteras allá, en busca de fórmulas que pretenden genéricas, cuando, como determinadas plantas, necesitan ciertas condiciones climatéricas para su viabilidad.

Así, pretenden trasplantar a la España de hoy determinadas instituciones de la Rusia actual, como si en ambas se dieran las mismas condiciones y el proceso revolucionario se hallara a la misma altura. Y es que el revolucionarismo de gran parte de esta juventud, hemos de confesarlo con dolor, es un revolucionarismo de revista deportiva. Revolucionarios de «pose», que eligen con cuidado su indumentaria y seleccionan con tacto qué enseña han de colocarse en la guerrera. Revolucionarios prendados del ademán y de la consigna, que recorren las páginas de «U. R. S. S. en Construcción», rebuscando cuál es el último grito en la Rusia de Stalin, para traducirlo inmediatamente al castellano antifascista. Preferiríamos que esta juventud se preocupara un poco más de estudiar el movimiento ruso en sus primeras jornadas, y sobre esta experiencia fuera trazando el esquema rectificado de nuestra Revolución. Nada de la Rusia actual es seguro que pueda servirnos en la inestabilidad que la guerra misma ha de dar a todas nuestras experimentaciones, que han de surgir, precisamente, de una manera espontánea y planteadas por sus necesidades, de acuer-

do a las características que ella misma adopte y en virtud de determinadas circunstancias, que no pueden, de ninguna manera, darse en la Rusia de hoy.

Ha sido así cómo, precipitadamente, se ha adoptado en nuestras juventudes la consigna del stajanovismo o brigadas de choque, sin tener en cuenta si ello era oportuno en nuestro país y si se daban o no las circunstancias necesarias para su aclimatación. Se ha venido y viene hablando de la intensificación de las actividades productoras, o, mejor y más propiamente dicho, de la intensificación de la producción, y en seguida hemos vuelto los ojos al modelo «clásico» en busca de una solución «standard», ya que no nos creíamos, sin duda, con capacidad o ganas de estudiar soluciones a la medida.

Hay que multiplicar las horas de trabajo, hay que activar el juego del músculo y de la inteligencia, se repite en todas partes, ufanos del descubrimiento, ante este nuevo Mediterráneo del «destajo», que tantas veces hemos pretendido cegar, con la arena de nuestra condenación.

No podemos ser demasiado complacientes con este mimetismo que intenta apoderarse de nuestro Revolución. Ocupémonos con voluntad en el estudio de cada cuestión que se nos plantee antes de echar mano con excesiva premura de fórmulas elaboradas en otros meridianos y en razones a otras circunstancias; hoy por hoy, el stajanovismo es superfluo en nuestra producción, mientras haya brazos y más brazos que no saben dónde emplearse.

No se trata ahora de aumentar los beneficios líquidos de ningún patrono reduciendo jornales, aumentando horas de trabajo o intensificando el rendimiento de la jornada, con desprecio de las consecuencias que ello pudiera reportar al resto de los trabajadores, sino de procurar el bienestar de éstos, garantizándolo con el triunfo de la causa antifascista.

Es seguro que todos los obreros revolucionarios están dispuestos al máximo de sacrificio; pero reconozcámosles a todos el derecho o el deber de sacrificio tal.

Movilicemos primero cuantos hombres sean necesarios para la guerra. Sin remisión ni contemplaciones. Todos los hombres útiles, al

frente; investigación minuciosa e inflexibilidad para con los emboscados, y el resto de los hombres y aun las mujeres en situación de aprovechamiento, a la industria. Ni un solo brazo inactivo; sólo entonces, si aun fuera preciso dar un impulso acelerado a la producción; sólo cuando no halláramos un brazo disponible de quien echar mano, serían lógicas y tolerables las brigadas de choque. Entre tanto, reconózcase, según la fe de cada uno, el derecho o el deber al sacrificio, que el Gobierno que se han dado los trabajadores tiene igualmente el deber de repartir el pan a todos por igual. Que no se olvide esto tampoco. Poco o mucho, a todos por igual.

"¡MILICIAS OBRERAS!" ESTE GRITO DE LOS OBREROS DE PARÍS, ES EL PRIMER ATAQUE CONTRA LOS QUE ORGANIZAN EN FRANCIA UN 18 DE JULIO

Un cañonazo de alarma ha cortado el aire de París. Mientras Francia, en el concierto londinense pretende guardar sus fronteras a costa de España, entreteniendo a la fiera con el fino bocado peninsular, en las propias calles de París estalla la hoguera que puede dar al traste con sus sueños de paz.

Es, sobre todo, la clase trabajadora francesa la que debe ponerse en guardia inmediatamente y estar prevenida respecto a todas las eventualidades.

Un excesivo número de coincidencias justifica esta llamada de alerta. El viejo tópico «la historia se repite», adquiere evidencia, una

vez más, y nos obliga a establecer paralelos para llegar a la conclusión de que la clase trabajadora francesa está en vísperas de su 18 de julio. Ya su fina intuición ha percibido claramente la amenaza, y ha lanzado la consigna: «¡Milicias obreras!»

Un leve examen retrospectivo de los hechos, nos dirá si estamos o no equivocados.

Con un pretexto: la protesta contra la inmoralidad del partido radical —derivaciones del asunto Staviski—, de la que no estaban totalmente limpios algunos sectores reaccionarios, se produjeron en Francia los disturbios del 6 de febrero. Por su naturaleza, recuerdan bastante el levantamiento de las heces monárquicas en España el 10 de agosto. Ambos se escudaban en el deber de mantener el prestigio público; pero uno y otro iban exactamente dirigidos a frenar la inclinación hacia la izquierda de los ejes de ambos países. Pero no podía impedirse, naturalmente, más que de una manera momentánea el avance social que el desenvolvimiento histórico impone a los pueblos; por debajo de una apariencia de sumisión, las fuerzas del progreso seguían su curso. He aquí por qué el espíritu de la reacción salía periódicamente al exterior, provocando conflictos con los que se intentaba desencadenar de rechazo una campaña de represión sobre la clase trabajadora, única que mantenía honradamente un deseo de renovación social.

Las fuerzas de izquierda más o menos tibias, más o menos «extremistas», comprendieron en uno y otro país que, contra la tromba que amenazaba desencadenarse dando al traste, no sólo con las conquistas sociales, sino hasta con la civilización, sólo tenían el recurso de unirse estrechamente, formando un bloque capaz de resistir los embates previstos. Y en torno a esta necesidad se formaron los Frentes Populares.

Claro que un nombre no es nada si no viene respaldado por una fuerza patente y experimentada; y no podía por esto detenerse la reacción ni cambiar la directriz de sus planes. Como el que estudia el terreno y quiere medir a la vez la potencia de su empuje y la valía de su resistencia, se promovieron en España diferentes disturbios, que

frente; investigación minuciosa e inflexibilidad para con los emboscados, y el resto de los hombres y aun las mujeres en situación de aprovechamiento, a la industria. Ni un solo brazo inactivo; sólo entonces, si aun fuera preciso dar un impulso acelerado a la producción; sólo cuando no halláramos un brazo disponible de quien echar mano, serían lógicas y tolerables las brigadas de choque. Entre tanto, reconózcase, según la fe de cada uno, el derecho o el deber al sacrificio, que el Gobierno que se han dado los trabajadores tiene igualmente el deber de repartir el pan a todos por igual. Que no se olvide esto tampoco. Poco o mucho, a todos por igual.

"¡MILICIAS OBRERAS!" ESTE GRITO DE LOS OBREROS DE PARÍS, ES EL PRIMER ATAQUE CONTRA LOS QUE ORGANIZAN EN FRANCIA UN 18 DE JULIO

Un cañonazo de alarma ha cortado el aire de París. Mientras Francia, en el concierto londinense pretende guardar sus fronteras a costa de España, entreteniendo a la fiera con el fino bocado peninsular, en las propias calles de París estalla la hoguera que puede dar al traste con sus sueños de paz.

Es, sobre todo, la clase trabajadora francesa la que debe ponerse en guardia inmediatamente y estar prevenida respecto a todas las eventualidades.

Un excesivo número de coincidencias justifica esta llamada de alerta. El viejo tópico «la historia se repite», adquiere evidencia, una

vez más, y nos obliga a establecer paralelos para llegar a la conclusión de que la clase trabajadora francesa está en vísperas de su 18 de julio. Ya su fina intuición ha percibido claramente la amenaza, y ha lanzado la consigna: «¡Milicias obreras!»

Un leve examen retrospectivo de los hechos, nos dirá si estamos o no equivocados.

Con un pretexto: la protesta contra la inmoralidad del partido radical —derivaciones del asunto Staviski—, de la que no estaban totalmente limpios algunos sectores reaccionarios, se produjeron en Francia los disturbios del 6 de febrero. Por su naturaleza, recuerdan bastante el levantamiento de las heces monárquicas en España el 10 de agosto. Ambos se escudaban en el deber de mantener el prestigio público; pero uno y otro iban exactamente dirigidos a frenar la inclinación hacia la izquierda de los ejes de ambos países. Pero no podía impedirse, naturalmente, más que de una manera momentánea el avance social que el desenvolvimiento histórico impone a los pueblos; por debajo de una apariencia de sumisión, las fuerzas del progreso seguían su curso. He aquí por qué el espíritu de la reacción salía periódicamente al exterior, provocando conflictos con los que se intentaba desencadenar de rechazo una campaña de represión sobre la clase trabajadora, única que mantenía honradamente un deseo de renovación social.

Las fuerzas de izquierda más o menos tibias, más o menos «extremistas», comprendieron en uno y otro país que, contra la tromba que amenazaba desencadenarse dando al traste, no sólo con las conquistas sociales, sino hasta con la civilización, sólo tenían el recurso de unirse estrechamente, formando un bloque capaz de resistir los embates previstos. Y en torno a esta necesidad se formaron los Frentes Populares.

Claro que un nombre no es nada si no viene respaldado por una fuerza patente y experimentada; y no podía por esto detenerse la reacción ni cambiar la directriz de sus planes. Como el que estudia el terreno y quiere medir a la vez la potencia de su empuje y la valía de su resistencia, se promovieron en España diferentes disturbios, que

culminaron en los sucesos derivados de la conmemoración de la República, en los que el entierro de un jefe de la Guardia civil dió margen a una agresión criminal contra el pueblo madrileño por las hordas amaestradas de Falange. Y esta agresión tiene en Francia su equivalente en los disturbios de Clichy, recogidos y comentados estos días por la Prensa; es la tibieza del Frente Popular allí, como lo estuvo aquí, minado por la acción solapada y disolvente de la reacción emboscada en todos los organismos del Estado, la que ha dado margen a que los hechos se produjeran, y tal vez sea ella también, si no sabe recoger el espíritu y las iniciativas de defensa de la clase trabajadora, la que allí, como lo fué aquí, por confianza, por imprevisión o por traición, deje llegar un irremediable 18 de julio; al que no sabemos si esa misma clase trabajadora de Francia, minada y adormecida por el reformismo, sabrá ofrecer la muralla viril que ha levantado el proletariado español.

La honda preocupación que nuestros problemas interiores nos dejaran no nos impide que elevemos la vista por encima de los Pirineos y advirtamos a los camaradas franceses la gravedad del peligro.

No pueden ni deben permitir lenidades en su Gobierno de Frente Popular. Contra los sucesos de Clichy han reaccionado ellos, igualmente que lo hizo la Confederación Nacional del Trabajo, y con ella todo el proletariado español, contra los sucesos de la Castellana. Se declaró la huelga general en Madrid, secundada por toda la clase trabajadora, porque no fué una consigna de Organización, sino la interpretación, por nuestra Central Sindical, del amplio movimiento de repulsa surgido espontáneamente en el pueblo, que hacía tiempo tenía conciencia de la mina que se estaba socavando bajo sus pies. Pidió la clase trabajadora de España la disolución inmediata y el desarme de las Organizaciones de Falange y Renovación Española, igual, exactamente, que pide hoy el proletariado francés. El Gobierno del Frente Popular español entonces, como hoy el de Francia, hizo solemne promesa de atender los requerimientos del pueblo; pero, por detrás de las promesas y contra las promesas, se movían en la sombra, al servicio de la reacción, los intereses de la política y de la burocracia

corrompidas. Y fueron éstos los que hicieron fracasar todas las medidas que exigía la clase trabajadora; fueron estos intereses enquistados en los Organismos del Estado, afectando distintos aspectos, burocracia, fuerzas de Orden público, Policía, Ejército, que el Frente Popular no supo, o no quiso depurar, los que hicieron posible el estallido del 18 de julio.

Por esto, nuestra llamada a los hermanos de Francia. Inflexibles; que el Frente Popular, sea la expresión de vuestras ansias reivindicadoras. El fascismo se mueve en toda Europa, amparado por complicidad o por incapacidad en el aire enrarecido de todos los departamentos oficiales. ¡Alerta los trabajadores de Francia, alerta sobre todo al Ejército, donde parece haberse refugiado, como en ningún otro Ejército del Mundo, el espíritu de las viejas oligarquías, la soberbia de casta, las condiciones precisas para que sobre él, en primer lugar, se asiente la posibilidad de un levantamiento fascista! El proletariado francés, si no quiere conocer su 18 de julio, debe controlar estrechamente el Frente Popular, impulsando su acción inflexiblemente hacia una política de clase, única capaz de oponer una resistencia eficaz al avance de la reacción fascista. Y esa política de clase tiene que tener hoy por bandera la defensa de la Revolución española y la necesidad de que los Estados democráticos retornen hacia el Derecho Internacional.

POR UNA SOBRIEDAD REVOLUCIONARIA

EL ESPECTÁCULO PÚBLICO

La sobriedad no excluye en ningún momento la expansión o la alegría en el pueblo revolucionario. No van nuestras pretensiones hasta la creación de un nuevo ascetismo religioso; pero si ayer combatíamos el exceso o la desviación que embotaban la sensibilidad de nuestros burgueses, hoy que ha llegado la hora de plasmar en realidades concretas

nuestras prédicas de ayer, es lógico que procuremos, en primer término, antes de crear los nuevos valores, arruinar todo lo que se oponga a su florecimiento o coarte su limpia espontaneidad.

Decíamos el otro día que las Organizaciones obreras pueden ayudarnos eficazmente en esta campaña, y afirmamos hoy, rotundamente, que es en sus manos donde descansan todas las posibilidades a este respecto, ya que es a ellas precisamente a las que compete toda la organización vital y la administración de las energías populares.

Valdría la pena de revisar con detenimiento—ahora que tanto se habla de movilización, y en la seguridad de que la movilización es una necesidad apremiante—, relegando a último lugar, o mejor, prescindiendo en absoluto de los intereses particulares de cada uno, el grado en que cada profesión es útil a la causa del antifascismo o eficaz para el triunfo de la Revolución.

Necesario será que todos, absolutamente todos, nos sometamos de buen grado a la honda transformación social de nuestro pueblo, si no queremos, más tarde o más temprano, someternos por fuerza. Nadie podrá evitar que en el plano de las actividades humanas se trueque por completo el cuadro de sus valoraciones, y todos debemos someternos sin resistencia, so pena de actuar de contrarrevolucionarios.

Pocos, muy pocos elementos de ayer pueden ser aprovechados en la estructura de la vida nueva sin una alteración profunda de las características de su desenvolvimiento y orientación, aparte las actividades de extracción o transformación de materias.

Todas las actividades de la Humanidad tenidas como secundarias y que están más en razón directa que con las necesidades materiales con otras de índole moral, vienen obligadas, si quieren subsistir, a plegarse a nuevas normas y a descubrir caminos nuevos. En momentos como el presente, muchas de estas actividades pasan a un primer plano, pero sólo a condición de que sepan interpretar el hondo significado de la hora y asuman una responsabilidad de orientación que ayer, aun teniéndola de hecho en la sociedad burguesa, la ejercían bajo el tutelaje directo y para servir exclusivamente los intereses de la clase privilegiada.

Nos referimos preferentemente a las actividades artísticas, y nos han sugerido estas reflexiones cinco minutos de estancia frente a una cartelera teatral.

Excepto la novedad de unas orlas rojas o rojinegras y la substitución del nombre de la empresa por unas u otras iniciales que indican el control sindical, las carteleras de nuestros teatros, a dos pasos del frente, en plena transformación de la vida española, son las mismas de ayer.

Cualquier cartelera de hace un año, con sólo cambiarle la fecha, pudiera servir para anunciar un espectáculo de hoy en Martín o Maravillas. El mismo espectáculo decadente que servía para excitar ayer los sentidos relajados de la vieja burguesía es el que se sirve como tónico a los nervios destrozados de nuestras milicias. ¿No valdría la pena que los compañeros de Espectáculos Públicos vieran la manera de que a los escenarios llegara también de una manera directa el aire de renovación que se impone en todos los aspectos de la vida de hoy? Hay que acompasar el ritmo artístico a los latidos de la nueva estructuración social. Hay que imponerse una labor de orientación, una labor útil, trocar el sentido burgués del espectáculo por un sentido, no proletario, como el tópico parece mandar, sino humano; pero, sobre todo, huir de lo que aun ayer repugnaba a todo espíritu pulcro y medianamente cultivado.

«Renovarse o morir», éste es el dilema. Sobriedad y pulcritud: virtudes revolucionarias. Breves reflexiones que ofrecemos a los Sindicatos de Espectáculos; pero que estimamos deben ser atendidas por su trascendencia.

AYUDA DEL PROLETARIADO EXTRANJERO
EL PAPEL TRASCENDENTAL DEL TRANSPORTE
EN LA SUERTE DE NUESTRA LUCHA

Se ha celebrado el mitin de clausura del Pleno Regional del Transporte. En él dieron a conocer los transportistas unificados —carretera y carril— los acuerdos alcanzados en las deliberaciones de esta magna asamblea. Nosotros los desconocemos todavía para atrevernos a comentarlos, pero presumimos que han de estar a la altura de la hora que atravesamos.

Este acontecimiento sindical nos ha llevado a reflexionar breves momentos en todo lo que internacionalmente pudieron hacer y no hacen los trabajadores del Mundo por el triunfo de su propia causa, encarnada en los antifascistas españoles.

Acaso, entre todas las actividades humanas, ésta del transporte asuma en el panorama de la civilización el papel más trascendental. El desarrollo y la articulación de la Economía mundial es sostenido e impulsado por el transporte. Si un acontecimiento imprevisible frenara el dinamismo de la rueda, todo el progreso humano se detendría instantáneamente, porque éste marcha a compás de la velocidad que el transporte desplaza.

Bastaría una rápida ojeada histórica para convencerse de esta verdad. Examinando cada una de las transformaciones sufridas por esta industria —del peaje a la rueda con tracción animal, de la tracción animal a la de vapor, de la de vapor a la eléctrica; del carro a la locomotora y sucesivamente al automóvil y al aeroplano—, cada nueva aceleración impresa a la rueda ha acortado las distancias en una proporción relativa a este aceleramiento. A menor distancia, más rápida la comunicación del pensamiento de los hombres y mayor fuerza de expansión de este pensamiento. En una palabra: la rueda —la hélice también

esté inscrita en una circunferencia o rueda— mandó y sigue mandando en el progreso industrial de los pueblos. Pero como no olvidamos que la rueda obedece en primer lugar al impulso motor del pensamiento humano, sabemos también que su poder puede ir más lejos que los límites de la materia y alcanzar y mandar a las pasiones y sentimientos de los hombres, si es por ellos hábilmente manejada.

De aquí que deduzcamos que los obreros del transporte internacional, de querer, hubieran podido y pueden aún, inclinar la balanza de los acontecimientos a favor de sus hermanos de España; bastaría para ello que sintieran en toda su magnitud el peligro que a todos nos amenaza y lo ligada que su suerte está a la nuestra.

¿A cuándo esperan para decidir el boicot a la zona fascista de España? El boicot del transporte es el arma más formidable, la única verdaderamente eficaz, para coadyuvar al triunfo de nuestra causa.

Puede continuar el trabajo intensivo en las fábricas de armamento, pueden los Imperios fascistas seguir reclutando «voluntarios» para los ejércitos de Franco y Queipo. Pueden la Sociedad de las Naciones o la Conferencia de Londres urdir bajas intrigas para ahogar el grandioso movimiento de liberación del pueblo español. Bastaría que la rueda paralizara en determinada dirección su rodaje, para que todos los cálculos imperialistas se vinieran abajo, y esta paralización sólo pueden determinarla los obreros del transporte internacional, si llegan a adquirir por un momento la conciencia clara de su deber.

La burguesía mundial, llámese imperialista o democrática, ha puesto en juego todos sus recursos, estrechando y fortaleciendo a través de las fronteras su solidaridad de clase para sostener sus privilegios, gravemente amenazados en España. ¿Pueden los trabajadores del Mundo despreciar esta lección, entregándose a la charlatanería de tópico sentimental, moviendo la lengua estérilmente mientras dejan los brazos inactivos?

No podemos explicarnos esta actitud suicida del proletariado internacional, cuando una acción tan sencilla como el boicot del transporte, estrechamente vigilado y dirigido, puede decidir la suerte de la guerra en España y el triunfo de la Revolución.

Está convocado en Londres un Congreso de Internacionales obreras. Esperamos que allí acabe la verborrea fácil y comience la acción eficaz; que se acaben los eufemismos, y los trabajadores del Mundo demuestren su solidaridad efectiva y práctica con el movimiento español, o tengamos que comprobar, no sin dolor y desesperación, el fracaso de todas las teorías de organización obrera.

PINTORESQUISMO POLÍTICO

LA RECONSTRUCCIÓN DE MADRID

Hace tiempo ya que cuando proponemos el estudio de cualquier problema de orden político social, se pretende cerrarnos la boca echando mano de la famosa consigna que ha llenado las páginas de todas las publicaciones y ha decorado los muros de todas las ciudades de la España antifascista: «Lo primero es ganar la guerra».

Por este camino se pretende cortar de una manera tajante toda posibilidad de avance social manteniendo al proletariado, que ha dado lo mejor y lo más florido de su clase en las trincheras, sometido a los viejos procedimientos políticos representativos de todos los intereses caducados el 19 de julio.

Así pueden darse casos tan pintorescos como el que registra la crónica de hoy: Los ministros de Marina y Aire, Comunicaciones y Obras Públicas se han reunido en el Ayuntamiento de Madrid, para tratar de la reconstrucción de la ciudad, que pudiera representar, a la vez una solución al problema del paro.

La lectura de esta noticia nos ha llevado a pensar si no estaríamos. sin advertirlo, jugando a los despropósitos. Se nos había dado a entender que el imperativo de ganar la guerra anulaba todos los problemas existentes con anterioridad a la declaración del movimiento; nuestra

creencia era, no que habían desaparecido los problemas, sino que sus posibilidades de solución habían variado completamente; sin embargo, acabamos por aceptar la prioridad de la famosa consigna y en ella concentramos lo mejor de nuestras actividades.

Todos los problemas palidecían y se supeditaban a aquella condición única. Y de pronto nos encontramos con que el viejo problema del paro vuelve a colocarse sobre el tapete, y del más viejo estilo, soluciones que nos recuerdan mucho a aquel famoso tubo de la risa que tuvo la virtud de despertar en los madrileños las más hilarantes carcajadas.

La reconstrucción de Madrid en los actuales momentos es algo así como el tejido de la famosa tela de Penélope; un tejer y destejer inacabable; mientras no hayamos desmontado de las proximidades de la capital todos los cañones enemigos y hayamos dado en tierra con todos los aviones facciosos, la reconstrucción de Madrid nos parece cosa de broma.

¿No habíamos quedado, señores, en que lo primero de todo era ganar la guerra? ¿Es seguro que en la guerra no hay ocupación para todos los desocupados de Madrid? Entonces examínese el problema del paro, y todos los demás problemas que la clase trabajadora tiene pendientes y déjese que los organismos sindicales den a estos problemas las soluciones revolucionarias que los momentos actuales requieren. Y es seguro que en la actualidad no pensarían aquellos organismos en prolongar calles que bien pudieran ir a parar a los campamentos fascistas.

EL DÍA DE LA MUJER, CONMEMORADO POR EL COMITÉ DE MUJERES CONTRA LA GUERRA Y EL FASCIO

El Comité Provincial de Mujeres contra la guerra y el fascismo —organismo integrado por todas las agrupaciones femeninas antifascistas— conmemoró la primera manifestación mundial de mujeres que levantó su grito contra la guerra en Alemania y exaltó el nombre de la organizadora, Clara Jethin.

Hubiéramos querido, al hacer la reseña de este mitin, destacar como lo más substancial del acto, las características femeninas de comprensión y lealtad que debieran significarse siempre en la actuación político-social de las mujeres.

Esperábamos que al incorporarse éstas a la lucha social, la despojaran de la crudeza que en todo tiempo le habían comunicado los hombres. Esto, en términos generales; que en los momentos presentes, cuando tenemos ante nosotros un enemigo común que vigila nuestros más leves movimientos para aprovecharlos a su favor, la actuación femenina en los partidos —ya todos, democráticos y obreros—, no puede ser otra que la de estrechar con lazos de cordialidad y comprensión las filas antifascistas, eliminando y dulcificando, en primer término, esas pequeñas intrigas de partido, esas rivalidades, que muchas veces adquieren importancia catastrófica, cuando en la mayoría de los casos no reconocen otro origen que vagas discrepancias personales, o una pugna inconfesable de ambiciones.

Creíamos que la incorporación de la mujer a la lucha social imprimiría a ésta un nuevo carácter, incorporando a ella una pureza de intenciones que no podíamos menos de apreciar en las mujeres no maleadas aún por ese calculismo frío que ha adquirido carta de naturaleza en los cerebros masculinos; una pureza de intenciones nacida

de un sentido más humano de la vida, florecido en la soledad y el desamparo de su clausura secular.

Todo esto esperábamos, y por tal causa no pudimos reprimir un movimiento de disgusto y de repulsa, y nos vimos precisados a echar mano de toda nuestra serenidad para no decir alto nuestra protesta cuando la compañera Antonia Sánchez, representante de las Juventudes Socialistas Unificadas, al hablar de los elementos turbios que rodean y pretenden envolver en equívocos contrarrevolucionarios nuestros movimientos, nombró al P. O. U. M.

A nuestra memoria vinieron atropelladamente nombres ya inmortales de militantes del P. O. U. M., caídos frente a los fusiles, nombres de camaradas a quienes hemos estrechado la mano diariamente y con quienes —salvando diferencias doctrinales— soñamos juntos, en más de una ocasión, con alcanzar los días heroicos que estamos viviendo.

A nuestra memoria acudieron las trincheras de los frentes de Aragón, donde, aun vilipendiados y calumniados, siguen multitud de hombres del P. O. U. M. afrontando la metralla enemiga, rebosante el corazón de entusiasmo y de lealtad para la causa de la Revolución.

Quisimos, sobre la marcha, y mientras las palabras de condenación salían duras y cortantes de los labios femeninos, revisar apresuradamente en nuestro recuerdo toda la actuación de este Partido desde el 19 de julio al presente, metiendo la punta acerada de nuestra inquisición por entre sus teorías y sus consignas; recorrimos «in mente», su literatura y su propaganda; y descubrimos afirmaciones de fe revolucionaria que resisten y afrontan ventajosamente todos los análisis, por malintencionados que sean.

Todo el grandioso simbolismo del acto que estaba celebrándose ante nosotras lo vimos derrumbado en un momento, anulado por unas palabras, unas breves palabras más demoledoras que una carga de trilita.

Unidad, unidad y unidad era y debe ser la consigna que elevaban ayer las mujeres en el altar del sacrificio, unidad leal, sin equívocos; renuncia a toda acritud, a toda suspicacia con el compañero que mezcla a la nuestra su sangre en el combate.

Que la presencia de la mujer en la lucha dé a ésta las características de fraternidad imprescindibles para el triunfo, y que nuestra Revolución en marcha tenga en ella el regulador cordial que marque las relaciones humanas en el luminosa porvenir. Esta, y no otra, debe ser la consigna femenina.

EL ESTOICISMO DE MADRID

Un nuevo día ganado al fascismo; cada día de resistencia es un paso hacia la victoria.

El día de ayer ha sido, sin duda, el más duro de todos los transcurridos desde que nuestra heroica ciudad cayó bajo el fuego de las baterías facciosas; ha sido el día más duro de los pasados, pero no podemos decir que haya de serlo de los venideros; sin embargo, quienes han resistido ayer y han experimentado una reacción tan contraria a la buscada por el enemigo, tenemos la seguridad de que han de resistir todos los ataques imaginables. Ayer hemos adquirido la certeza de que Madrid es invencible. Es admirable la entereza con que cada uno permanece en su puesto. Son heroicas estas mujeres que, en la humilde tarea de procurarse la alimentación para su prole, desafían impertérritas el vuelo de los aviones enemigos, cargados de muerte, y al escuchar los estampidos de una descarga próxima, levantan los puños amenazadores a la altura, profiriendo duras imprecaciones con las que expresan, así, su firme voluntad de resistir estoicamente hasta el instante en que puedan castigar en los vencidos toda la angustia y todo el dolor presentes.

Es algo magnífico ver con qué impasibilidad la población inerme de Madrid desafía el ataque fascista. Ya somos todos beligerantes. No es envidiable para los que luchan en la línea de fuego la situación de los antifascistas de retaguardia indefensos en las hondas trinche-

ras de las calles ciudadanas, a merced de la metralla de los negros aviones, que de vez en cuando lanzan su mortífera carga.

Hemos oído hablar muchas veces del terror de París bajo los aviones alemanes y nos pareció comprensible, y hasta nos preparábamos para presenciar el mismo espectáculo en nuestro Madrid; pero Madrid conoce ya el efecto de los bombardeos aéreos, y cuando un pájaro negro enturbia la luz de la calle, los madrileños, conscientes del peligro, se asoman, sin embargo, a los balcones y se paran en las esquinas a discutir el color, las características o las dimensiones del pajarraco.

Es inútil hacerles advertencias; al que se toma este trabajo, suelen contestarle con cara de disgusto: «Los sótanos son terriblemente húmedos», o bien: «Yo me iría a Barcelona, ¿pero quién se va allá sin conocer el catalán? Prefiero los aviones».

Así es este pueblo que escucha el estampido de las bombas y calcula, oído avizorante, a qué distancia se ha producido la explosión.

Todas las previsiones fascistas han fracasado con nosotros; esos efectos psicológicos a que son tan aficionados, les fallan en Madrid; los propios milicianos, que ayer pudieron dudar y retroceder en la estepa, a las puertas de nuestra ciudad se diría que se sienten fortalecidos con este aliento de seguridad y entereza que advierten a su retaguardia.

Resistir es la consigna, resistir; cada día de resistencia es un paso hacia la victoria. Las oleadas del fascio se estrellan contra el malecón de nuestros fusiles. Son centenares de vidas diarias que segamos y las filas fascistas son poco nutridas; entre tanto, hábiles maniobras procurarán que los claros producidos en el enemigo sean imposibles de cubrir.

Resistir, madrileño, es la victoria. Resistamos.

¡ALERTA, A LAS CANCILLERÍAS!

Decir diplomacia es decir enredo, sinuosidad, laberinto. No hemos podido substraernos nunca a la idea de representarnos a los diplomáticos como unos individuos que andan encorvados, con botas de goma y ojos torcidos. La diplomacia es el brazo ejecutor de la política internacional y, como la política, juega de una manera mecánica por intereses que no son nunca los intereses de los pueblos.

Una vez más ponemos de relieve las diferencias qu separan a los pueblos de los Gobiernos. Entre pueblos pueden existir la confraternidad espontánea, la solidaridad generosa y humanísima, puesta mil veces a prueba cuando la desgracia o el desastre acucian a uno de ellos. En los Gobiernos la cooperación tiene móviles distintos bien alejados, por cierto, de los que animan a los hombres como tales; en todos sus movimientos juegan únicamente los intereses de los núcleos directores, que no son nunca —tengámoslo bien presente— intereses morales, sino financieros, porque los movimientos de conquista intereses financieros son y la megalomanía de los dominadores juguete es, también, siempre, siempre, de los intereses financieros.

La repugnancia que siempre sentimos por los enredos diplomáticos puede ser justificada plenamente, y es necesario que nuestro pueblo viva alerta. No es sólo más allá de la frontera, al otro lado del mar del Norte, donde entre sonrisas melosas y reverencias mecánicas se teje disimuladamente la mortaja de la Revolución española; puede ocurrir perfectamente que sea sobre nuestro propio suelo, entre recepciones solemnes al amparo del respeto y de los convencionalismos internacionales; puede ser entre apretones de manos y melifluos ofrecimientos de solidaridad que traidoras manos enguantadas manejen el estilete buscando asesinarnos por la espalda.

LA C. N. T. MARCA SIEMPRE

LA VERDADERA NORMA REVOLUCIONARIA

Tenía que ser precisamente la C. N. T.; y es que, naturalmente, por ausencia de los sectores llamados revolucionarios, es ella la que, en todos los aspectos, sigue conservando la línea inflexible que exige, cuando es sincera, el sentimiento de transformación social, móvil originario de nuestra lucha antifascista.

Es la C. N. T. la que no deja escapar ocasión de afirmar el sentido revolucionario de nuestra guerra, y no con palabras más o menos altisonantes, más o menos literarias, sino con hechos concretos, en los que los trabajadores, que son el elemento de primera fila en la situación actual, comprueban el valor moral que nuestra intervención aporta al desarrollo de los acontecimientos.

En estas columnas hemos venido manteniendo una campaña insistente por una sobriedad que estábamos echando de menos en los sectores antifascistas. No hemos dejado de reconocer un momento las grandes dificultades con que habíamos de tropezar cuando tratásemos de desarraigar vicios enquistados en elementos e instituciones derivados del régimen derrocado, pero sí hemos afirmado repetidamente la necesidad de substraer a estos vicios y corrupciones antiguas las nuevas instituciones creadas por la Revolución; la de preservar a los hombres de ésta de viejas corruptelas burguesas, si queríamos que nuestro movimiento fuera todo lo sano y lo limpio que precisa para constituir la base soñada de una era de justicia y equidad social, como no vieron nunca los siglos.

Porque una era de justicia y equidad social no podrá jamás edificarse sobre la base de nuevos privilegios y nuevos favores. Así hemos hablado contra las escalas de sueldos en el Ejército popular, contra las dietas de la burocracia, y hablaremos y arremeteremos inexorable-

mente contra todo aquello que no sea la afirmación de una moral nueva, que dé autoridad y prestigio a nuestra lucha.

Porque si hemos de morir, si la sangre de los hijos del pueblo ha de engrosar los arroyos y teñir los ríos de España para que nuevos señores vengan a substituir a los viejos, preferible sería cruzarse de brazos y dejar hacer.

Pero no será así, y no será así porque, por encima de todo, la Confederación Nacional del Trabajo afirma su voluntad de convertir en realizaciones prácticas los sueños de emancipación del pueblo, del pueblo que es ella misma, porque es el pueblo quien la integra y quien la mantiene y quien, bajo estas tres letras, ya gloriosas, modela con sus propias manos las formas de la vida futura.

No hemos de cruzarnos de brazos, sino que, por el contrario, hemos de poner cuanto somos y cuanto valemos, toda nuestra fe y toda la energía de que nos sentimos capaces, para inculcar en cuantos sectores luchan a nuestro lado esta idea nuestra de ética incorruptible y de alta responsabilidad, que son los elementos únicos para que nuestro triunfo sea un triunfo efectivo, porque son ellos solamente los que tienen fuerza bastante para empujarnos adelante y para justificar la lucha de fieras desencadenada sobre el suelo hispano.

Porque lo entiende así, la C. N. T. ha comenzado a estudiar los medios para que, dentro de su campo de acción, esta campaña de moral y sobriedad revolucionaria, no se quede en palabras solamente, sino que pase a servir de ejemplo y de norma a todos los sectores revolucionarios. Está próximo el día en que todos los miembros de la Confederación Nacional del Trabajo; sea cualquiera el cargo que ocupen, no puedan cobrar grandes sueldos, sino uno, módico, con el que puedan cubrir sus necesidades de trabajadores auténticos, de revolucionarios sobrios y morales; es decir: verdaderos.

LAS CONSIGNAS "REVOLUCIONARIAS"

Y LOS ESPECULADORES DEL HAMBRE

No es la primera vez que hemos tildado a esto que estamos viviendo de «revolución de los tenderos».

No queremos saber dónde ni en quién se amparan; lo sabrán acaso los que organizaron con consignas la defensa del pequeño mercader sin pensar, o a sabiendas de que (y perdónesenos la expresión poco correcta) el piojo flaco es el que más pica.

El caso es que el pequeño —de alguna manera hemos de llamarle— comerciante se ha hecho cargo con suficiencia y desenvoltura de su propia defensa. Para él no hay más que una cosa, ni guerra ni Revolución le afectan, tiene el corazón seco; para él no hay más que ganancias. No se pregunta qué va a ser esto, ni en qué ni cómo vamos a acabar; para él todo es cotizable. Sin haber leído a Marx ni a sus antecesores ni seguidores, domina las leyes de la oferta y la demanda, y discurre sin perderse por los laberintos de la plusvalía. Para eso le sirven a maravilla sus cualidades de anfibio, consubstanciales con su naturaleza, su facultad mimética y sus profundos estudios de la candidez y la tontería humana.

De ahí que el 19 de julio se fuera al fondo calladito, apretada la boca, nadando bajo el agua, y que hoy asome la cabeza insolente desafiando la corriente, que sabe a punto de estancarse.

Especula con la sangre, con el hambre, con el dolor; el caso es llenar la bolsa. Cualquier detalle es convertido por él en provecho propio. Y el caso es que no se le puede atacar, porque esto sería una contradicción con la defensa del pequeño propietario, del pequeño industrial, del pequeño, etc. Ya sabemos que su vida, su oficio, porque se trata de un oficio, fué siempre estrujar al consumidor. Y bueno, ¿qué hemos de hacer? Si protestamos, perjudicamos a la «República democrática», que

«necesita» de su concurso, ¡ay!, para vivir, y si hemos de defenderle, naturalmente, nuestro papel es callar y dejar que nos estruje. No hay otra alternativa a elegir. A ver por cuál nos decidimos. ¡Si pudiéramos decir siquiera que esto del estrujamiento tiene sus límites! Pero sí, sí; ahora está protegido por un «tabú»; no hay quien pueda con él; así se ha atrevido hasta a asumir funciones de gobierno editando monedas por su iniciativa particular; antes devoró la plata, y ahora quiere devorar hasta el papel.

Vamos a ver, ciudadano, ¿no te ha tocado en suerte ningún desaprensivo, que por la vuelta de un billete de cinco pesetas, pongamos por caso, te haya dado unos papelitos o cartoncitos que ponen: «Fulano de Tal; vale por tanto»? Pues a mí, sí. Imagínate que te hubiera ocurrido a ti y que se te hubiera dado la chifladura por comprar una peseta de chufas, pongamos por articulo valenciano; que hubieras entregado tu único billete de cinco «leandras» y que te hubieran devuelto cuatro papelitos que pusieran: «El «Chés»; vale por una peseta», ¿qué harías luego, cuando tuvieras que comprar la Prensa y tomar el tranvía o sorber una copa de cocimiento de cebada? A ver quién te resolvía ese morrocotudo problema; porque, claro, que los vales del «Chés» no los reconoce ni su propia madre. Por este camino llevarás un maremágnum de patronímicos en la bolsa, pero ni un solo céntimo. Y al cabo de muchas vueltas de tu mollera acabarías encontrando la única solución: no pagar a nadie.

Completamente en serio. La broma no puede continuar. Que la defensa del pequeño comerciante —caso de ser defendible— se detenga en límite prudencial. No se puede tolerar que la especulación llegue hasta los términos descritos. El Gobierno tiene alguna misión más que lanzar consignas. Hay que cambiar el balance de las palabras por el balance de los hechos. La consigna por la consigna es el vale del «Chés». Quede en consigna la defensa de la pequeña, etc.; pero cúmplase el hecho de la Revolución metiendo en la cárcel a los especuladores del hambre.

ALEMANIA VORAZ

LA COMIDA DE LA FIERA

La posición de indiferencia, adoptada en principio por ciertas Potencias europeas frente a la sublevación de los fascistas españoles, se ha venido comparando repetidamente con la actitud del avestruz escondiendo la cabeza a la vista del peligro.

La Comisión de «no injerencia», el Comité de control, etc., no tuvieron otra misión que contener la guerra dentro de los límites del territorio y de los intereses españoles. No importaba que el sentido de la justicia y del humanismo internacional quedara a los pies de los caballos. El caso ha sido, en todo instante, ir esquivando las salpicaduras de la tormenta. España era y sigue siendo la carnaza arrojada a la fiera fascista. La guerra, la destrucción, la conquista de España, es el precio de la paz de Europa. Pero eran locos o inocentes los que suponían que la ambición alemana podía satisfacerse con crear al otro lado de Francia una potencia aliada o filial; y es ahora, cuando las moratorias concedidas a los países fascistas, para aceptar las condiciones de la «no injerencia» o el «control», mientras se embargaban los pedidos de armamento del Gobierno de España, al permitir al imperialismo alemán montar una poderosa «sucursal» en nuestro país, que le asegura ciertos insolentes movimientos sobre el Mediterráneo, cuando aquellos países agitan todas las campanillas de la alarma.

Las últimas noticias nos dicen que Hitler ha montado en la costa africana poderosos cañones del 42, que abren sus bocas de muerte sobre el peñón de Gibraltar; y la carne inglesa se ha estremecido, y no sólo la carne inglesa, sino también el corazón de Francia.

Desde hoy, no se trata ya del problema español; las «prudentes» medidas para aprisionarlo en el cerco de agua de sus costas han per-

dido definitivamente toda eficacia. La faz internacional que creían borrar con esponjas de indiferencia, se muestra repentinamente con caracteres acusados. La audacia alemana ha brincado el Estrecho; ya no se trata de los intereses de España solamente. ¿Será posible aún un nuevo Comité y una nueva dilación? ¿Descubrirán todavía un nuevo bocado para el diente de la fiera? Lástima que nuestra propia situación no nos permita ser espectadores. El espectáculo vale la pena.

Publicaciones Mujeres Libres

FOLLETOS PUBLICADOS:

NIÑO, por Amparo Poch y Gascón

HORAS DE REVOLUCIÓN, por Lucía Sánchez Saornil

EN PRENSA:

LAS MUJERES EN NUESTRA REVOLUCIÓN
por Mercedes Comaposada

LA COMPOSICIÓN LITERARIA INFANTIL
por Carmen Conde

ROMANCERO DE MUJERES LIBRES

33487

50